

“Dios y la gallina. Los títulos atribuidos a Jesús”

LOS MIL NOMBRES DEL SEÑOR

Nos disponemos hoy a profundizar en el conocimiento del Dios que nos presentan los Evangelios a través de los distintos nombres que se atribuyen a Jesús, y lo primero que saltará a la vista es que se trata de una figura bien distinta a la figura del Dios que era concebido en todo el entramado religioso de la época en que vivió Jesús. Y el caso es que durante este encuentro nos daremos cuenta de que, por desgracia, el Dios que muchos de nosotros hemos aprendido o que nos ha sido impuesto en nuestra infancia no es otro que el Dios de la Religión que desechan y combaten los evangelios: un dios que infundía temor, siempre mirándonos con sospecha desde su altura infinita e inalcanzable. Pues bien, la finalidad de este encuentro no es más que intentar ayudarnos a conocer mejor a Jesús a través del encuentro con el Dios de los evangelios.

De entrada, en el evangelio de Juan encontramos un dato relevante: en un determinado momento del mismo se nos dice que las autoridades religiosas estaban alerta, recelosas de cualquier novedad que surgiera en el ámbito del universo religioso que habían montado, y así, apenas sale a la escena Juan el Bautista, envían a los guardias del templo para verificar sus intenciones y apresarlos en caso de que osen declararse Mesías. Bien, a estos guardias celosos que vigilan sus movimientos Juan responde diciendo: “Entre vosotros hay uno que no conocéis” (Jn 1,26). La denuncia sutil que hace aquí el evangelista supone, en realidad, una advertencia para la comunidad cristiana de cada época: tal vez esa persona se encuentre ahora entre nosotros y la desconozcamos. En efecto, si nuestra mirada se ve deformada por los rígidos esquemas religiosos que deforman la imagen de Dios no podremos percibir la presencia del salvador, pues él se halla en las antípodas de la religión.

En los evangelios, el término “religión” (*deisidaimon*) con todos sus derivados siempre es presentado con una connotación altamente negativa. Por religión se entiende todo aquello que los hombres hacen por Dios, el esfuerzo que despliegan por acercarse a la divinidad. Con Jesús, en cambio, se ha inaugurado una etapa nueva de la humanidad en cuanto a su relación con Dios: desde ahora lo que cuenta no es lo que hacen los hombres por Dios, sino la acogida de aquello que Dios hace para los seres humanos. Cuando polemiza con los fariseos, Jesús les dirá: “vosotros no me conocéis a mí ni a mi padre; si me conocierais, conoceríais también a mi Padre” (Jn 8,19). El evangelista recalca bien a las claras que es el conocimiento de Jesús lo que nos permite conocer a Dios, y no al revés.

El caso es que a menudo se parte de un presupuesto equivocado: se intenta comprender quién es Jesús a partir del conocimiento que tenemos de Dios. Pero los evangelios siguen el recorrido contrario: en la medida en que se conoce a Jesús se conoce el rostro del Padre. Es precisamente la respuesta que Jesús dio a Felipe cuando le pidió que le mostrara al Padre: “quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn 14,8-9). A continuación le da un criterio, el mismo que seguiremos durante estos días para desarrollar el tema que nos ocupa. El criterio es el siguiente: “si no, creed al menos a

causa de las mismas obras” (Jn 14,11). Lo que confirma la plenitud de la condición divina de Jesús son sus obras, todas las cuales están hechas en beneficio de los hombres.

El Padre que Jesús nos presenta se muestra enamorado de la humanidad, a la que desea elevar hasta su altura para concederle gozar de su felicidad. Por esto, en el prólogo de Juan el evangelista emplea la expresión: “Nadie ha visto nunca a Dios; el unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, es quien os lo ha dado a conocer” (Jn 1,18). El evangelista **no dice que Jesús sea igual a Dios, afirma antes bien que Dios es igual a Jesús**. Así pues, nos invita a abandonar toda idea o imagen estereotipada que tengamos de Dios para fijar nuestra atención únicamente en Jesús. En la medida en que lo conozcamos saldrá a la luz el verdadero rostro de Dios.

El Dios que aparece en los Evangelios es un Dios-Amor, liberador y salvador que está adornado por las siguientes características:

- es un padre, que trata a los suyos como hijos en una relación amorosa y no como fieles.
- está al servicio de los hombres, desmintiendo la idea propia de la religión de que los hombres estén al servicio de Dios. Dios es un señor que se hace siervo a fin de que los que eran considerados siervos se puedan considerar a sí mismos señores.
- no excluye a nadie de su amor; es típico del sistema religioso discriminar entre personas que tienen méritos y las que no, entre puros e impuros. Pero el Padre de Jesús no excluye a nadie, ni tan siquiera una persona es segregada de la plenitud del amor de Dios.
- es un Dios que perdona a todos; su amor es un ofrecimiento incesante de vida, porque no pretende disminuir en nada al hombre sino potenciarlo fundiéndose en uno con él hasta que se realice en el hombre el proyecto del creador, es decir, hasta que se haga semejante a Él.

Desarrollaremos todos estos temas a través del estudio de los diferentes títulos que la Iglesia primitiva atribuía a Jesús. Recordemos que él era conocido como Jesús de Nazaret, o el Galileo (un término cargado de fuertes connotaciones polémicas porque en aquella época los galileos eran revolucionarios facinerosos).

Primer nombre: CRISTO (Lc 4, 16-30)

El primero de los títulos que veremos es el más popular y conocido, tanto es así que se ha convertido en el apellido mismo de Jesús: Cristo. Profundizaremos en el conocimiento de este título analizando entre los distintos pasajes del Evangelio el más significativo de todos, el episodio en el que Jesús se revela como el Cristo esperado (Lc 4,16-30).

Hemos dicho que Jesús anuncia y manifiesta en sí mismo un amor universal, que sin embargo se verá rechazado y obstaculizado por todos aquellos que pretendían esgrimir para sí una relación privilegiada con el Señor en virtud de la religión, la raza, su comportamiento. Veamos entonces esta página preciosa, recordando que cuando leemos los evangelios no debemos considerarlos como relatos de orden histórico, sino narraciones teológicas. Como veremos, no se trata aquí de una polémica surgida con la

comunidad hebrea, de la cual el grupo cristiano se ha separado ya de forma radical, sino de una advertencia que la comunidad cristiana siempre debe tener presente. En ella se pueden manifestar síntomas negativos que los evangelistas denuncian abiertamente.

“Fue a Nazaret, donde había crecido y, como solía hacer, entró en la sinagoga en sábado. Se puso en pie para leer y le fue dado el libro del profeta Isaías. Abriendo el libro, encontró el pasaje en que está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí; me ha unguido para evangelizar a los pobres; me ha enviado a anunciar la liberación a los prisioneros y a los ciegos la vista; a devolver la libertad a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor»”. Nazaret, situado en las laderas de Galilea, era un lugar de mala fama. Jesús no nace en un lugar precisamente famoso por su elegancia. Nace en un poblado perdido. A partir de los hallazgos realizados en sus excavaciones, los arqueólogos deducen que Nazaret debía tener alrededor de 300 habitantes, la mayoría de los cuales personas toscas, de escasa cultura, sumidas en una pobreza asfixiante tanto por el dominio de los romanos como por la imposición de impuestos desmedidos por parte de Herodes. Era gente que intentaba liberarse de todo esto por medios violentos.

En suma, decir Nazaret significaba indicar una zona de mala fama. Jesús inició su recorrido por la región de Galilea en la ciudad de Cafarnaum, donde habló revestido del poder que le confería el Espíritu Santo, para posteriormente regresar al poblado donde había residido durante su vida oculta. El subrayado que hace el evangelista, “como acostumbraba a hacer, entró en la sinagoga un sábado...” no significa que Jesús entrara en la sinagoga los sábados de forma habitual, sino que acostumbraba a leer la Escritura cada vez que iba a la sinagoga, y cuando lo hace, en esta ocasión, se levanta una fuerte marejada. Es la primera vez que Jesús pisa de modo oficial un lugar de culto. La indicación que nos da el evangelista es la siguiente: las sinagogas, como el templo, símbolos de la institución religiosa, son siempre lugares de riesgo para Jesús, Hijo de Dios. Cuando Dios se manifiesta en Jesús, los espacios dedicados al culto religioso, los lugares sagrados frecuentados por las personas pías y religiosas son en realidad los más peligrosos para su integridad. Jesús no tendrá nada que temer cuando entra en contacto con los últimos de la sociedad, con las personas consideradas el desecho de la misma, pero tendrá que guardarse siempre las espaldas con las personas muy religiosas porque éstas no ven con buenos ojos el cambio por él propuesto en la relación con Dios y en todo cuanto concierne al mismo rostro de Dios.

Al final del episodio comprenderemos que la primera vez que Jesús se presenta en un lugar de culto no solo no es acogido amigablemente sino que tratan de acabar con su vida. Los lugares más peligrosos son los centros de culto, porque son refractarios a la acción del Espíritu y a la intervención de Dios. Son mejores los lugares frecuentados por la escoria de la sociedad, y así, es más fácil encontrar al Señor en aquellos lugares donde abunda el pecado, según la mentalidad social. El evangelista nos lo confirma porque la segunda vez que Jesús entra en una sinagoga habla con autoridad pero es interrumpido por una persona poseída por un espíritu inmundo que le dice: “¿has venido a acabar con nosotros?” (Lc 4,34).

Es verdad. Cuando Jesús habla viene a destruir. Pero a destruir ¿qué? Los hombres habían construido para sí el complejo entramado religioso, la institución que regulaba las relaciones entre los seres humanos y la divinidad como un castillo perfecto: todo debía permitir a los hombres la comunión con Dios. Pero Jesús a través de su enseñanza y de su práctica demostrará que la religión no solo no hace posible la unión

con Dios, sino que a la hora de la verdad se convierte en la causa que la impide. Y esto es demasiado. He aquí lo que Jesús ha venido a destruir: ¡las mismas raíces de la religión! No ha venido a purificar la religión, ni el templo ni el sacerdocio, sino a eliminarlos de la faz de la tierra. De ahí la reacción violenta y agresiva que se produce en la sinagoga: ¡has venido a acabar con nosotros!

La tercera vez que entra en una sinagoga, se encuentra cara a cara con una persona que tiene el brazo atrofiado, un inválido y pregunta a los escribas (que eran los teólogos de la época) y a los fariseos (los que aplicaban las leyes con todo fanatismo): “¿es lícito hacer el bien en sábado o hacer el mal, salvar una vida o perderla?” (Lc 6,9). El evangelista puntualiza que la persona inválida tiene paralizado el brazo derecho, el que se usa para trabajar. Estamos en sábado, ¿se puede realizar una obra beneficiosa para el hombre este día? Ellos quedan callados, porque en la religión cada vez que surge un conflicto entre la ley de Dios y el bien del hombre, las personas religiosas siempre anteponen la ley de Dios. La ley de Dios es como un escudo tras el que se parapetan las autoridades religiosas para defender sus propios intereses y su prestigio. Notad que jamás en los evangelios es invocada la ley de Dios cuando es a favor de las personas. ¡Jamás! Solo es traída a colación cuando se dirime algo que puede favorecer a la casta sacerdotal.

Así pues, Jesús hace una pregunta a la cual cualquiera que no tenga el cerebro desquiciado por la influencia nociva de la religión respondería con un sí rotundo. ¿Es lícito hacer el bien en sábado? ¡Naturalmente que lo es! Pero sorprendentemente resulta que no es así, en sábado no se puede hacer el bien porque hay 39 acciones prohibidas que se corresponden con los 39 trabajos que fueron necesarios para edificar el templo de Jerusalén. Cada uno de estos era después subdividido en otros 39 trabajos que no estaba permitido realizar, de modo que había hasta 1521 acciones prohibidas los sábados. Entre éstas, visitar y cuidar a los enfermos. Se demuestra una vez más que a las autoridades religiosas no les interesa el bien del hombre, solo les importa el propio dominio y prestigio. Si, después, el hombre sufre no importa. Lo importante es que sea salvaguardada la ley divina, aquella ley a la que deben su prestigio y poder.

Frente a la reacción de silencio que se produce, Jesús interviene para curar a aquél hombre y la respuesta de los presentes es que se agitan de rabia y discuten entre sí sobre el modo de castigar a Jesús por su atrevimiento (Lc 6,11). Y, por último, la última vez que entra en la sinagoga (la cuarta vez según este evangelio) las cosas le van mal. Encuentra un personaje representativo: es una mujer encorvada desde hace 18 años (Lc 13,11-17), que representa a los fieles de la sinagoga que están aplastados por el peso de leyes y prescripciones que les impiden ser personas libres. Jesús libera a la mujer pero no obtiene el aplauso, sino el desdén del jefe de la sinagoga.

Por consiguiente, las cuatro veces que Jesús entra en la sinagoga – conforme a la narración del evangelio de Lucas – surge una situación de conflicto. Entre el Dios que se manifiesta en Jesús y el Dios venerado en la sinagoga no existe posibilidad alguna de compatibilidad. Se trata de dos divinidades completamente distintas: Jesús se mueve en la línea del amor del Padre, en la religión se regulan por la ley de Dios, y son dos cosas irreconciliables. La “ley” de Dios puede causar sufrimiento a las personas, pero el amor de Dios solo puede aliviarlo.

“Entrando en la sinagoga, le fue dado a Jesús el libro del profeta Isaías, lo abrió y buscó el pasaje en que estaba escrito...” En el mundo judío, en la sinagoga, había un ciclo de lectura trienal, por lo que a cada sábado le correspondía exactamente una lectura determinada. Se leía un texto de la ley, otro de los profetas y, por último, una oración o bendición. Nadie podía alterar el orden establecido, por lo que aquí Jesús lleva a cabo su primera trasgresión: no lee aquello que estaba prescrito para ese sábado, sino que busca otro texto por propia iniciativa. Este pasaje se suele traducir con la palabra “halló, encontró”, y es una traducción exacta, pero hay que tener en cuenta que se trata de un hallar que es fruto de una búsqueda, no de una casualidad. De hecho, el término griego usado por el evangelista es *eáren* (que significa encontró después de buscar).

Estas indicaciones del evangelista resultan preciosas para la comunidad cristiana. Nos quiere hacer comprender que Jesús, movido por el Espíritu, no quiere atarse a las prescripciones de la liturgia. Estas prescripciones pueden paralizar la acción del espíritu. Por liturgia se entiende un rito en el que todo está determinado: cómo moverse, qué hacer, qué decir en cada momento, qué respuesta dar. En otras palabras, un rito “congelado”. El rito carece de vida porque, si el Espíritu Santo pretendiera intervenir en una liturgia por medio de un profeta expresando un mensaje determinado, no tendría espacio para hacerlo, ya que todo está previsto al milímetro. Es como lo que le sucede al pobre sacerdote Zacarías, que entra en el templo, se presenta al Señor pero nadie le cree, porque no estaba escrito así en el libro (Lc 1,8-20). Cuando la liturgia se convierte en una jaula donde todo está encuadrado y encadenado esto impide la acción del Espíritu, esto nos quiere indicar el evangelista.

Jesús no puede estar de acuerdo con este modo de entender a Dios. Por eso, deja de leer el texto previsto y escoge otro por su cuenta. El capítulo 61 de Isaías era un texto muy popular porque hacía referencia a la venida del enviado de Dios que habría de liberar al pueblo de la dominación pagana e instaurar el reino de Dios sometiendo a todos los demás pueblos (Is 61,1-2). Jesús lee entonces: “El Espíritu del Señor está sobre mí”. El Espíritu es la misma fuerza, la misma vida de Dios. Jesús cita a Isaías 61, pero se está refiriendo a la experiencia que ha tenido precedentemente, cuando el Espíritu de Dios descendió sobre él en el momento del Bautismo.

“Me ha consagrado con la unción”, la expresión del hebreo que traducimos de esta forma no es otra que “*Mashiáh*”, de donde se deriva la palabra “Mesías”, que en griego se traduce “Xristós”, Cristo, que es el Ungido, el Consagrado. Esta unción les era conferida a los reyes y a personajes específicos del pueblo e indicaba un cambio de estado o condición y, como signo de una elección divina, indicaba que la persona consagrada se convertía en inviolable porque representaba la quintaesencia de la humanidad y era la figura misma de la imagen de Dios hecho hombre. Este era el Mesías: un individuo elegido por el Señor a quien se le han otorgado capacidades particulares para ser su representante y su agente en la humanidad.

En la época de Jesús existía una gran expectativa popular referida a la venida de este Mesías consagrado y la tradición había identificado cuáles eran las cualidades específicas que el mismo debía poseer. Enumeremos solo algunas de ellas:

- el Mesías ya estaba presente pero oculto porque ni tan siquiera Él era consciente de serlo;

- se manifestaría de repente durante una de las fiestas religiosas del pueblo en el punto más alto del templo de Jerusalén, en el pináculo del mismo;
- sería ungido por el profeta Elías que volvería a la tierra a tal efecto;
- se caracterizaría por cumplir plenamente todas las prescripciones de la ley, siendo una persona pía, devota.

Así era el Mesías, el ungido, el consagrado. El término se traduce en griego con la palabra Cristo, y el grupo de los discípulos de Jesús fue conocido con ese nombre, no en Jerusalén sino en Antioquia, en Turquía. Escribe Lucas en los Hechos de los Apóstoles (Hch 11,26): “por primera vez los discípulos fueron llamados cristianos en Antioquia”, es decir, eran reconocidos como seguidores de Cristo.

Pero, ¿cómo es posible que les reconozcan seguidores de Cristo en Antioquia y no en Jerusalén, que era la comunidad originaria? Ambas comunidades creen en el mismo Señor Jesús, pero solo son llamados cristianos los de Antioquia. La razón es que ellos son los únicos que, en vez de pensar en las propias necesidades, se preocupan de las necesidades de los demás. En efecto, cuando hubo una gran hambruna en la región, los fieles antioquenos hicieron una colecta para la comunidad de Jerusalén, que estaba en peores condiciones que ellos (Hch 11,27-30). Y esto hizo posible su reconocimiento como cristianos. Por consiguiente, el término *cristiano* adquiere carta de ciudadanía cuando se piensa en las necesidades de los otros. Y en Antioquia esto fue posible porque había libertad; allí donde hay libertad está presente el Espíritu. En la iglesia de Jerusalén, anclada todavía al yugo de la ley, no estaba presente el Espíritu.

En resumen, Jesús se manifiesta como el Cristo, el consagrado, el Mesías enviado por Dios, y la primera de las tareas que debe emprender como acción del mismo Dios, lo primero que Dios piensa, no tiene que ver con el culto ni con las prácticas religiosas, ni con comportamientos piadosos; el primer – y, por tanto, el más importante – de los pensamientos del Padre es: “... me ha enviado a anunciar a los pobres la buena noticia”. La buena noticia no es asegurar a los pobres – como se ha hecho erróneamente en otras épocas de la historia – que son bienaventurados porque irán al paraíso. Esta interpretación suponía un lamentable escarnio del mensaje de Jesús, y lo abocaba al fracaso. Sufrir aquí para ser felices en el más allá no supone un consuelo válido para nadie. Y Dios no desea que exista el sufrimiento.

Por consiguiente, la primera de las acciones de Dios a través de su hijo Jesús, su manifestación plena, es la eliminación de la pobreza. La pobreza es negativa, nunca en los evangelios encontramos una exaltación de ella. Jesús nos invita, esto sí, a hacernos un poco más pobres, pero no porque sea hermoso el hecho de hacerse pobres. Él nos invita a reducir nuestro nivel de vida para permitir que aquellos cuyo nivel de vida es demasiado bajo puedan alzarse y ponerse a nuestro nivel. En otras palabras, Jesús no nos pide que nos desnudemos, sino que vistamos al que está desnudo.

Así pues, la primera manifestación de este Mesías es anunciar a los pobres la buena nueva: ha acabado la pobreza, ya no tiene razón de ser porque el grupo de los seguidores de Jesús se hace cargo de los pobres y les libera de su condición. En los Hechos de los Apóstoles hallamos un episodio en que se nos dice que la primera comunidad de los fieles creyentes daba testimonio con gran vigor de la resurrección de Jesús no por medio del catecismo o de la doctrina, sino porque no había entre ellos ningún indigente (Hch 4,34). La prueba evidente de que Dios está vivo, presente en

medio de una comunidad es que no existe ningún necesitado en su seno. En efecto, ¿cómo podemos llamarnos hermanos cuando yo poseo bienes y el otro no?, ¿cómo hablar de amor cuando a uno de mis hermanos le falta lo necesario para vivir? La prueba de la resurrección de Jesús es que él está en el centro de la comunidad cristiana y esto se verifica cuando desaparece la condición de pobreza.

“...Para proclamar a los cautivos la liberación, a los ciegos la vista, para devolver la libertad a los oprimidos y anunciar un año de gracia del Señor”. Esta es la base de todas las acciones que Jesús cumplirá en los Evangelios. Nosotros desconocemos con precisión lo que Jesús hizo a lo largo de su existencia. No podemos descartar que este individuo lleno de vida, desbordante de divinidad, haya podido restituir la vista a un invidente, devolver la salud a un cojo o purificar a un leproso. No podemos excluir que esto haya sido así al pie de la letra, pero no es esto lo que nos dicen los evangelistas. Ellos no nos hacen una crónica de los acontecimientos protagonizados por Jesús, nos dicen, más bien, aquello que la comunidad cristiana puede hacer para imitarle. La acción de Jesús de devolverle la vista al ciego significa abrir los ojos de la gente.

En el evangelio de Juan hay un momento en que Jesús dice: “vosotros haréis obras aún mayores que las mías” (obras, es decir, que atestiguan que la acción de Jesús es divina, Jn 14,12). Pero entonces, ¿cómo es que a lo largo de toda la historia no hemos sido capaces de realizar este tipo de obras? Jesús dice que quien crea en él dará vida a los muertos, purificará a los leprosos, hará ver a los ciegos... Pero ¿por qué no somos capaces de hacerlo? Puede ser que en el mañana la ciencia consiga devolver la vista a los ciegos, si es que sabe invertir sus recursos para el bien y no para el mal. Pero hay algo que nosotros podemos hacer: abrir los ojos a los que no ven. Esto está a nuestro alcance, ésta es la acción de Jesús.

Y la reacción violenta de las autoridades religiosas ante la curación del ciego se debe precisamente a que Jesús le ha abierto los ojos, le ha hecho ver el rostro del Padre, ha descubierto de ese modo su propia dignidad que se refleja en el mismo como en un espejo. Entonces, la primera pregunta que se nos plantea es la siguiente: ¿y a vosotros quien os ha dado permiso para decidir sobre nuestra vida, para decir lo que está bien y lo que no, si estamos en pecado o no, quién os autoriza a obligarnos a actuar de un modo determinado? Estos interrogantes causan pánico a la autoridad religiosa, que temen a Jesús y a su mensaje. Jesús les resulta peligroso porque abre los ojos a la gente y ridiculiza a la casta sacerdotal y a sus absurdas pretensiones.

Continuando con la enumeración de las acciones que cumplirá dice ahora la cita: “proclamar un año de gracia del Señor”. Hacía referencia al año del Jubileo. He aquí por qué Jesús ha venido a anunciar la buena nueva a los pobres: existía la tradición de que cada cierto periodo de tiempo (un número determinado de años), las personas retomaban la posesión de sus propiedades, de modo que no permanecieran pobres generación tras generación. Incluso había sido establecida una ley para el jubileo menor: cada siete años las deudas quedaban canceladas.

Así pues, la acción de Jesús de proclamar la buena noticia a los pobres se refiere al hecho de que anuncia el año grato al Señor, el año en que son canceladas las deudas y a todos les es devuelta la libertad (cfr. Lv, 25). Después enrolló el libro, lo entregó al mayordomo y se sentó. Todos los ojos de los presentes en la Sinagoga estaban fijos en

él, se nos dice. Pero, ¿por qué no termina de leer? La atmósfera está cargada de tensión, se puede cortar con un cuchillo, pero ¿qué ha hecho Jesús de grave? La lectura no había concluido porque el texto continúa, pero Jesús no está de acuerdo con lo que sigue y por eso se lo salta, censurando el escrito del profeta Isaías. Pero el público congregado en la sinagoga de Nazaret esperaba el versículo siguiente, y esto hace que se produzca una escalada de tensión.

¿Cuál era el contenido del versículo? *Este es el día de la venganza de nuestro Dios* (Is. 61,2). Esto es lo que ellos querían escuchar, esto era exactamente lo que se suponía que debía hacer el Mesías. El pueblo que desde hacía setenta años se encontraba subyugado por los Romanos, y que siempre había estado sometido a otras potencias (Babilonia, Asiria) aguarda ansioso la venida de un liberador. Este pequeño pueblo imagina que Dios va a cuidar de ellos derrotando a todos los enemigos, potentados y principados paganos, estableciendo de ese modo el nuevo Reino de Israel que permita a Israel dominar sobre todas las naciones paganas.

El texto de Isaías ilustra seguidamente un delirio exacerbado de omnipotencia: habrá extranjeros que pacarán vuestros rebaños e hijos de extranjeros que trabajarán vuestros campos y viñas, gozaréis de los bienes de las naciones, seréis engalanados con sus riquezas (Is 61,5). El profeta imagina que el Mesías, sostenido por la fuerza de Dios, conquistará y someterá a todos los pueblos paganos, por lo que todas las riquezas de éstos confluirán a Jerusalén, y los príncipes y princesas paganas serán sus siervos. La tradición religiosa de los rabinos, a quienes complacía hacer cálculos meticulosos, dice que cada hebreo en los tiempos del Mesías tendría 2800 siervos paganos a su servicio. Es esto lo que aguardaban: el día de la venganza de nuestro Dios. Pero Jesús no está de acuerdo con ello. En la lectura que hace de la Biblia se detiene en la referencia al año grato al Señor, que significa liberación para todos.

En el Dios de Jesús no hay ninguna imagen de violencia o de castigo ni tan siquiera hacia quien se lo pudiera merecer según las categorías del tiempo, o sea, los paganos y pecadores. En todas las religiones uno de los ejes que las sostienen es que Dios premia a los buenos y castiga a los malvados. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué en ellas se inculca el temor de Dios si alguien osa transgredir las leyes? Porque saben que la ley, las prescripciones y los mandamientos resultan a menudo irracionales cuando son impuestos – no propuestos –, de hecho son contra natura, van contra la humanidad del ser humano. Por ello, son impuestos haciendo uso, de algún modo, de la violencia. Si la ley fuera simplemente propuesta, el ser humano la rechazaría, si nadie tuviera miedo, no la acatarían.

En el rostro del Dios de Jesús ha sido cancelado todo aspecto de castigo. El Dios que castiga, por consiguiente, no es un Dios cristiano. El Padre de Jesús tiene una única modalidad de relación con los hombres: el ofrecimiento continuo y creciente de su amor. Ofrecimiento, pues, nunca imposición. Por esto Jesús en el evangelio jamás impone sino que propone: si queréis... Él sabe que ésa es la respuesta al deseo de plenitud que toda persona lleva dentro de sí. Si la persona no tiene muchas escorias que desescombrar acoge espontáneamente el mensaje de Jesús porque dicho mensaje no la disminuye, sino que la potencia.

Regresando ahora al párrafo del evangelio de Lucas, hemos visto antes que la atmósfera estaba cargada de tensión. Jesús enrolla el libro, lo devuelve al encargado y se

sienta. Ha concluido la lectura y comienza ahora su predicación. Todos los ojos están fijados en él. Además de leer un párrafo que no estaba previsto se ha tomado el lujo de censurarlo. Está claro que Jesús no era precisamente diplomático. La gente está tensa, sería suficiente tranquilizarles con una palabra que les guste oír, pero en cambio mete el dedo en la llaga y saca a la palestra un par de episodios que los hebreos prefieren olvidar, dos episodios de la Biblia que les resultan inaceptables y que, por ello, suelen ignorar.

“Entonces comenzó a decir: «hoy se ha cumplido esta escritura que habéis oído con vuestros oídos»”. Jesús utiliza la palabra oídos para recordar lo que dijo el profeta Ezequiel: “Hijo del hombre, tú habitas en medio de una caterva de rebeldes que tienen ojos para ver pero no ven, oídos para oír pero no oyen” (Ez 12,2). Esto es lo que significa abrir los ojos a los ciegos. Jesús dice que se está cumpliendo esta escritura: el envío del Mesías como portador de la Buena Nueva para los pobres, el que abriría los ojos a los ciegos e inauguraría el año grato al Señor. Jesús, sentado después de la lectura, continúa su mensaje de liberación, en el que todos reciben palabras de gracia.

Pero, ¿cuál es la reacción que tiene lugar entonces?: todos se pusieron en contra de él, se nos dice. El verbo griego empleado es *marturō*, del que procede la palabra “mártir”, que quiere decir testigo. Pero aquí se trata de un testimonio en contra de alguien, tanto es así que pretenden eliminarlo, acabar con él, escandalizados por las palabras de gracia que salían de su boca. “Y decían: «¿no es éste el hijo de José?»”. No ponen en duda la paternidad de José. En este evangelio Lucas es muy claro y en 3,23 insiste en que era hijo de José, como se creía. En aquella cultura, hijo no es solamente quien ha nacido del padre, sino sobre todo aquél que se asemeja al padre en el comportamiento.

Entonces, la gente de la Sinagoga de Nazaret que lo ha visto crecer, exclama: ¿pero no es éste el hijo de José?... sorprendidos notan que Jesús no se comporta como el padre. Esta es una característica que el evangelista ha anticipado en el episodio de la pérdida de Jesús en el templo: Jesús no sigue a sus padres, sino al Padre. Es éste un episodio extraño que se encuentra al inicio del Evangelio de Lucas, cuando María y Jesús lo pierden de vista en el templo (Lc 2,41-52). Un episodio que, si lo analizamos solo con un poco de rigor, hace aguas por todas partes, ya que hace pensar que la familia de Jesús era tan extravagante y fuera de lo común que no había por dónde cogerla. En efecto:

- los padres no se dan cuenta de que su hijo se ha extraviado,
- lo encuentran después de tres días de búsqueda afanosa,
- cuando finalmente lo encuentran, tienen que oír el reproche severo de Jesús por haberle estado buscando.

¿Cuál es el significado de este episodio? María y José están convencidos de que Jesús tiene que seguirles, o sea, tiene que acomodarse a la tradición de los padres, a lo que siempre se ha cumplido. Pero Jesús no está por esa labor. Él no ha venido para seguir a los padres, sino únicamente al Padre. Por esto, cuando la madre le dice: “¿por qué nos has hecho esto? Tu padre (refiriéndose a José) y yo te buscábamos angustiados”, Jesús responde con un no rotundo: “¿no sabíais que yo debo estar en las cosas de mi Padre?”, y no pendiente de las indicaciones de José, del que se disocia abiertamente. De hecho, en los evangelios no aparece ningún documento referido explícitamente a José, su figura queda un tanto en penumbra.

Entonces, para intentar comprender la reacción de los habitantes de Nazaret que se preguntan: ¿no es éste el hijo de José?, debemos hacer referencia a uno de esos escasos documentos que confluyeron en el Talmud (el libro sagrado de los hebreos), en que se hallan huellas de un cierto Josef Ben Pantera (o sea, hijo de Pantera). ¿Por qué el padre de José se llamaba Pantera? Pantera no es el apodo que se le da a una persona tranquila y pacífica, sino a alguien de carácter agresivo. Siendo Nazaret el bastión de los zelotas, revolucionarios por excelencia, que deseaban librarse del dominio de los romanos a través de la lucha armada, no es de extrañar que probablemente José tuviera igualmente esta misma mentalidad. No se sabe, pero es probable, porque resulta extraña la sorpresa que manifiestan los habitantes de Nazaret.

Todos se revuelven escandalizados y Jesús, en vez de calmar los ánimos, responde: “Seguramente me citaréis el proverbio: médico, cúrate a ti mismo; lo que has hecho en Cafaranaúm, hazlo también aquí”. Es como si se dijera: no pienses en curar a los paganos, preocúpate primero de los tuyos. Es la misma denuncia que le harán después mofándose de él en la cruz: ha salvado a los otros, que se salve ahora a sí mismo si es el Cristo de Dios, su elegido (Lc 23,35). He aquí el fruto venenoso del pensamiento religioso deformado y del nacionalismo: sentirse un pueblo elegido desde tiempos remotos, creyéndose merecedores de privilegios especiales. En la historia de la humanidad las más grandes catástrofes han sido causadas por pueblos que se creían elegidos de Dios, pensando haber sido investidos con una misión que realizar hacia otros pueblos. Pero esto siempre es fuente de tragedias, siempre fuente de muerte. Cuando un pueblo cree que tiene a Dios de su propia parte hay que estar atentos, no es Dios sino el diablo. No hay que olvidar que los nazis usaban la expresión “Dios está con nosotros (Gott mit uns)”, y que en el dólar está escrito “En Dios confiamos” (In God we trust).

Y es por esto que piden a Jesús que lo que ha hecho en otros lugares lo cumpla ahora también para sus paisanos, pensando tener más derecho que los demás. “Después añadió: Os aseguro que ningún profeta es bien aceptado en su patria...”. Jesús utiliza aquí el mismo término que utilizó poco antes cuando proclamó el año de gracia del Señor, el verbo griego dektoi. Proclamar el año de gracia del Señor significa que el Señor no es aceptado. Jesús, fiel a su tarea de honrar a Dios, es deshonrado por los hombres.

Por tanto, para anunciar el mensaje de Dios Jesús afronta el rechazo por parte de su propia patria. Este argumento del profeta no aceptado es el hilo conductor de todos los evangelios. Pero, ¿cómo es posible que un pueblo que espera al Mesías, que cree en Dios, no sea capaz de reconocer a Dios cuando éste se manifiesta? En su evangelio Juan dirá: “ni siquiera los hermanos creían en él” (Jn 7,5). En el prólogo dice: “... vino entre los suyos pero éstos no lo reconocieron” (Jn 1,11). ¿Por qué cuando el Señor se manifiesta a través de los profetas y de los enviados de Dios nunca es reconocido? El caso es que el fanatismo exacerbado de la religión congela la experiencia religiosa. La religión adora a un Dios embalsamado, momificado, un Dios del pasado. Y cuando se manifiesta un Dios en carne y hueso, un Dios vivo que no repite las cosas inmutables del pasado, sino que anuncia novedades, la religión no lo reconoce.

El dios de la religión es el dios que nada cambia. Todo aquello que quería decir ya lo ha dicho y su voluntad es inmutable a lo largo de los siglos. Toda novedad es

siempre contemplada con recelo y es considerada causa de peligro. Jesús, en cambio, aporta un criterio de decisiva importancia que posteriormente Lucas considerará como suyo propio en los Hechos de los Apóstoles, un criterio que debe guiar la conducta del cristiano. Hemos dicho que los cristianos son aquellos que se reconocen seguidores de Cristo, se les reconoce como tales porque no piensan en las propias necesidades sino en las de los demás. Pedro tiene una experiencia fortísima en la casa de un oficial pagano. Viendo que el Espíritu de Dios desciende sobre el oficial pagano del mismo modo que lo había hecho sobre sí mismo, anuncia algo que debería estar presente en la vida del creyente y en todo catecismo y en toda teología: “Vosotros sabéis que no le está permitido al judío unirse o encontrarse con personas de otras razas; pero Dios me ha mostrado que no se debe decir profano o inmundo a ningún hombre (Hch 10,28). Este es el comienzo de la conversión de Pedro. Dios le ha hecho ver que nadie está excluido de su amor; quien excluye a los otros del amor de Dios, se excluye a sí mismo porque Dios no tolera que sean discriminadas las personas en su nombre. Pedro ha quedado anonado por esta experiencia impactante y así lo confiesa.

Es esto lo que Jesús dice citando dos episodios sobre los cuales se prefería pasar de puntillas. “Os digo también: había muchas viudas en Israel en tiempos de Elías, cuando el cielo quedó cerrado por tres años y seis meses y hubo una gran carestía en todo el país, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías más que a una viuda de Sidón de Sarepta”. Una carestía devastadora: no llovió nada durante tres años y medio. Era una región muy árida y con toda aquella sequía la gente moría como moscas. Pero Dios envió a Elías..., a otro lugar, al Líbano. Y no conseguían entender por qué (1 Re 17, 8-16). Recordemos que la viuda es el personaje más desamparado en el medio social de Israel: no tiene un hombre que se haga cargo de ella, es una persona muy necesitada. Y bien, con tantos necesitados como había en Israel en tiempos de la carestía, cuando Dios envía al profeta Elías para saciar a algunos no lo hace para beneficiar las viudas de Israel, sino a su enemigo histórico, una viuda del Líbano.

Era un episodio difícil de digerir porque ya en el Antiguo Testamento Dios quería demostrar que su amor no conoce confines (el amor no tiene precio, no mide lo que da, no tiene fronteras). No existe un pueblo elegido: el amor de Dios es para toda la humanidad. Allí donde existe la necesidad, está presente. “En tiempos del profeta Eliseo había muchos leprosos en Israel, pero ninguno de ellos fue curado (purificado) excepto Naaman el Sirio”. Con tantos leprosos que había en Israel, el único que fue purificado fue un enemigo de Israel: un sirio (2 Re 5, 1-27). Libaneses y sirios, enemigos históricos de Israel, fueron beneficiados por la acción del Señor.

Pero esta última cita que Jesús hace de Eliseo tiene un efecto secundario, una repercusión inesperada: ante Eliseo se presenta Naaman el Sirio para solicitar ser curado de la lepra. Eliseo le manda introducirse siete veces en el Jordán para ser purificado. Una vez que ha sido purificado, el sirio va ante Eliseo agradecido y no sabe cómo recompensarle. Eliseo no quiere nada absolutamente, porque la acción de Dios es siempre gratuita. De hecho, cuando se paga dinero por la acción de Dios, se prostituye su rostro. Pero Eliseo tenía un siervo llamado Ghecazi que no queda conforme con la generosidad de su amo. Entonces va detrás del oficial para pedirle una recompensa, solicitud que acoge éste llenándole de bienes. Pero apenas el siervo regresa donde Eliseo lleno de riquezas, se encuentra que ha contraído la lepra, él que era hijo de Israel. La lepra que ha salido del pagano se le ha pegado a él, haciéndolo impuro para siempre. He aquí la razón por la que el episodio era dramático.

Para Jesús, lo que está sucediendo en Nazaret no es nada más que lo que le acontece a todo enviado de Dios, ya que el rasgo característico del enviado es la universalidad del amor. “Al oír estas cosas, todos los presentes en la sinagoga ardían de ira. Se pusieron en pie, lo persiguieron fuera de la ciudad y lo condujeron al borde de la montaña sobre la que estaba ubicada la ciudad a fin de arrojarlo por el precipicio”.

La acción se desarrolla en el ámbito de la Sinagoga, por lo que podemos presumir en buena lógica que los presentes sean personas devotas, que rezan, dan gracias al Señor, escuchan su palabra, la Sagrada Escritura, la predicación.... Y, sin embargo, se desata la violencia asesina. Esto nos hace ver que conviene mantenerse lejos de los lugares religiosos: son peligrosos. Es la primera vez que Jesús entra en la sinagoga y ya intentan acabar con él. Naturalmente, no se trata de descripciones periodísticas de episodios acaecidos tal cual, sino de enseñanza teológica. Aquí el evangelista no hace sino anticipar lo que acontecerá en Jerusalén, la ciudad colocada en el monte; en Jerusalén Jesús será asesinado, pero fuera de la ciudad. Desde el inicio, pues, el evangelista hace ver que existe el rechazo de Israel hacia su Mesías, su Cristo. “Pero él, pasando en medio de ellos, se alejó”. Si tomamos el episodio como descripción de un hecho histórico, resulta incongruente. Todos en la sinagoga, se nos dice, pero esto resulta un tanto difícil, ya que Nazaret contaba con unos 300 habitantes y hubiera sido suficiente un puñado de ellos para hacerle caer por el precipicio. Esta narración está hecha siguiendo el esquema de la pasión de Jesús: es el intento de asesinarle, pero el evangelista anticipa aquí su resurrección, que equivale en definitiva a evitar la muerte, tal como aquí sucede.

Así pues, el primero de los títulos de Jesús es “Cristo”, que será rechazado cuando Jesús se presente como tal ante el pueblo, mientras que, en cambio, será acogido en tierra de Samaria, según el relato de Juan: allí reconocerán que Jesús es el Mesías y el Salvador del mundo, no el salvador de Israel, sino de todo el mundo. En la sinagoga Jesús es rechazado, pero en tierra de herejes es acogido y reconocido. El evangelio no cuadra con los lugares religiosos: cuanto más religiosas sean las personas, más hostiles y refractarias al evangelio serán. Las personas normales, incluso personas en condición de pecado, tendrán mayor facilidad para acoger la buena noticia.

¿Cuál es el motivo de esta agresividad contra Jesús?, podemos preguntarnos. Los evangelistas escriben con la intención de dar advertencias a la comunidad cristiana para que no repitan los errores que condujeron al pueblo judío a rechazar la persona de Jesús. Extrañamente, en los evangelios encontramos que Jesús, el hijo de Dios, el hombre en el que se manifiesta la plenitud de la divinidad, es bien acogido entre la así llamada gentuza, entre los pecadores, en los lugares de peor fama, pero siempre debe guardarse bien las espaldas cuando entra en lugares religiosos. La respuesta a esta enemistad acérrima contra Jesús que les lleva a querer acabar con él se encuentra en la oposición entre religión y fe.

Por **religión** se entiende el conjunto de actitudes e ideologías creadas por el hombre para alcanzar la divinidad: todo aquello que el hombre realiza en relación a Dios: servicios, ofrecimientos, plegarias, todo lo que sirve para entrar en comunión con la divinidad. Por **fe** se entiende la acogida de todo aquello que Dios hace para los hombres. Pues bien, con Jesús da comienzo una nueva etapa de la humanidad. Jesús ha

venido a denunciar que todo lo que está comprendido bajo la palabra religión no solo no permite la comunión con Dios sino que la obstaculiza.

¿Por qué? La respuesta puede resultar un tanto radical y desconcertante, pero consiste en esto: la religión es atea y las personas religiosas son ateas. La religión deshumaniza a las personas. En la religión, el hombre se proyecta hacia un Dios del que se piensa que esté en las alturas, aislado del resto de las personas. Así, mediante actitudes de devoción, plegarias y un estilo de vida especial, la persona religiosa se separa del resto del pueblo y de la gente que no vive dichas normas, para intentar alcanzar esta divinidad. Cuanto más religioso es el hombre, siguiendo el estilo de vida característico, más se separa de los demás. Y en esta falsa ilusión, cuanto más se asciende para encontrar al Señor, en realidad menos se le encuentra. Con Jesús está Dios, aquél de quien se pensaba que moraba en lo más alto del cielo, pero que se hizo hombre para venir a encontrarse con los seres humanos.

Por ello, existen dos procesos contrapuestos: el hombre religioso sube a fin de encontrarse con Dios, mientras que en la fe es Dios quien desciende para encontrarse con los hombres: uno sube y el otro baja sin que nunca se encuentren sus caminos. Por esto decía antes que cuanto más religioso es el hombre, más ateo resulta. La prueba del ateísmo se ve en la deshumanización de las personas religiosas. Al encarnarse y hacerse hombre hasta extremos increíbles, Dios se ha hecho sensible al sufrimiento de los seres humanos, pero la persona religiosa se deshumaniza, ya que considera que el honor de Dios es más importante que el bien de los hombres. Para Jesús, por el contrario, el bien de los hombres es más importante que el honor de Dios porque cuando se realiza el bien de los hombres allí está el verdadero honor de Dios.

Así pues con la venida de Jesús, Dios manifiesta un rostro bien diferente: no es un Dios al que buscar, sino un Dios que acoger; no un Dios a alcanzar, sino un Dios con el que colaborar en el servicio de los demás. El Espíritu Santo no desciende sobre las personas cuando éstas alzan las manos hacia el cielo para invocarlo, sino cuando las bajan para remangarse las mangas y servir a los demás. Esta es la contraposición entre Jesús y todo el mundo religioso. Esta actividad de Jesús, como Mesías venido a traer la buena noticia al mundo, es explicitada en los evangelios mediante conductas que producen vida para la humanidad. Las obras de Jesús enriquecen, devuelven y comunican la vida a quien carece de ella (Jn 14,8-9).

Segundo nombre: EL BUEN PASTOR (Jn 10, 11-16)

Veamos ahora una de las imágenes con las que Jesús se describe a sí mismo. Es una de las representaciones que más han sido objeto de veneración en la espiritualidad cristiana. Es la más tierna, y una de las primeras que se encuentran en las catacumbas. Pero el éxito de esta imagen y su amplia difusión se deben más al empobrecimiento y al vacío sufrido por la expresión evangélica que a la adecuada comprensión de la misma.

Y lo cierto es que esta representación de Jesús como Buen Pastor, por mucho que para los cristianos esté llena de una ternura apacible que transmite seguridad y confianza, hizo enfurecer tremendamente a quienes la escucharon de labios de Jesús. En

efecto, apenas la pronunció, los fariseos y las autoridades religiosas lo definieron como un endemoniado que estaba fuera de sí. Escribe Juan: “los judíos nuevamente recogieron piedras para lapidarlo” (Jn 10,31). En el evangelio de Juan, con el término “judíos” se habla en realidad de las autoridades del pueblo.

Habría que preguntarse: ¿eran los judíos tan obtusos como para malinterpretar expresiones tan hermosas, o somos nosotros los cristianos quienes hemos transformado el mensaje de Jesús en un producto que nos tranquiliza y es usado en un devocionalismo adulcorado pero estéril e ilusorio?, ¿cómo es posible que cuando Jesús se proclama Buen Pastor, esta imagen tan amada por nosotros, produzca que ellos lo consideren enajenado y traten de acabar con su vida?

Cuando se lee el Evangelio, siempre es preciso hacer un proceso de inculturación del texto, colocarlo en el contexto cultural al que pertenece y en el que nació. Jesús, utilizando la imagen del pastor, se refiere a dos episodios del antiguo testamento que son muy desconocidos pero que están cargados de un hermoso y poderoso contenido:

- la denuncia que hace el profeta Ezequiel contra los pastores de Israel (Ez 34);
- un salmo que, sin duda, es de los más bellos (Sal 23: el Señor es mi pastor).

Veamos primero el texto del profeta Ezequiel (Ez 34, 1-31). Un grupo de ciudadanos hebreos han sido deportados a Babilonia y aguardan expectantes el día de poder regresar a su tierra, convencidos de que Dios está con ellos. En vano el profeta Jeremías les invita a resignarse a la deportación y a la vida en el exilio. El pueblo no cree sus palabras, engañados por los falsos profetas que anuncian el retorno inminente. Estamos en el año 593 a.C. Entonces, uno de los exiliados, un sacerdote llamado Ezequiel, es encargado por el Señor de anunciar que no solo han de hacerse a la idea de un largo y doloroso exilio, sino que lo peor está aun por venir. En efecto, una decena de años después, Nabucodonosor marcha contra Jerusalén (588), la asedia y destruye, deportando al resto de los habitantes a Babilonia.

Para el pueblo judío, esto supone una verdadera catástrofe: los hebreos lo han perdido todo:

- el reino prometido por Dios a David, que habría de durar toda la eternidad; - la tierra prometida, porque se encuentran ahora exiliados en tierra pagana;
- la certeza o la ilusión de ser el pueblo elegido por el Señor; así pues, hasta la fe en Dios ha entrado en crisis.

Entonces, el profeta Ezequiel, exiliado también él mismo, escribe a estos desterrados una de las páginas más hermosas del Antiguo Testamento, en la que denuncia el por qué de esta tragedia y la naturaleza de estos males. La denuncia afirma que los responsables de esta catástrofe son los pastores de Israel. Bajo el término pastor, Ezequiel indica a los príncipes, porque devoran a la gente, a los sacerdotes que violan las leyes, a los profetas que ofrecen falsas ilusiones para contentar a la gente a cambio de un buen dinero, y a los que poseen muchas riquezas porque explotan al pobre.

Anuncia Ezequiel: estos pastores que han ocasionado tanto dolor serán desposeídos de su poder y vendrá un día el Señor – anunciará más tarde – que será el verdadero pastor del pueblo. Los pastores destituidos piensan solo en su propio beneficio, el nuevo pastor conducirá el pueblo a las praderas donde pastar y se convertirá en su pastor auténtico (Ez 34,23). A partir de esta experiencia y esta teología

de Ezequiel tomará cuerpo uno de los salmos más hermosos, el salmo 23, que comienza precisamente con la expresión “el Señor es mi pastor”.

Esta breve frase, para poder expresar la cual nuestras traducciones necesitan 5 palabras, en hebreo se dice apenas con dos términos: Yahvé (Señor) y Rohí (mi pastor). Es un texto, pues, muy directo y escueto, una afirmación muy clara y dramática: el Señor es mi pastor, no reconozco ningún otro pastor. Cuando otros pastores se han ocupado del pueblo durante la historia, se ha producido una tragedia sin remisión, ha sido un desastre. Cuando me dejo gobernar por el Señor, me pongo en sus manos, entonces no me falta nada. Llega a afirmar Ezequiel que los pastores se han comportado como bestias. Dice el Señor: los sacaré de sus fauces (Ez 34,10), un término que se usaba para designar las bestias salvajes.

Pues bien, reivindicando el oficio del pastor en el libro del profeta Ezequiel, el Señor afirmaba que iría en busca de la oveja perdida y la reconduciría al rebaño (Ez 34,16). Esta imagen la retoma el evangelio y la aplica a Jesús, aunque es necesario estar atentos para comprenderla bien. Lucas y Mateo la presentan de forma distinta:

- en Lucas, que es muy sensible a la enseñanza del Señor con respecto a los pecadores, se habla de la oveja perdida como imagen del hombre descarriado que el Señor busca y no castiga ni amenaza. Al revés, la toma en sus brazos: el Señor, de ese modo, le devuelve la fuerza de la que carecía. Esto es lo que el Señor hace con los pecadores, les comunica la vida en abundancia (Lc 15,3-6).
- en el evangelio de Mateo hallamos otro significado, más importante aun desde el momento que traslada un reproche a los pastores: es la oveja perdida porque ha sido desviada, desorientada a manos de los pastores (Mt 18, 12-13).

El término griego que traducimos en este segundo caso (planémenon) indica engaño, extravío. Es el discurso más duro que Jesús realiza en el evangelio de Mateo, capítulo 18, donde la ambición del grupo de los discípulos es causa de escándalo para la gente que empieza a formar parte de este grupo. Han oído hablar de la comunidad de Jesús en la que son todos hermanos y se quieren mutuamente. Entonces entran en su interior y, ¿qué ven?... Discusiones y peleas que no terminan nunca por causa de la ambición desenfrenada, por saber quién es el más importante. Entonces Jesús, precisamente a estos discípulos que escandalizan a las personas, les ofrece esta breve parábola de la oveja engañada. ¿Quién es la oveja engañada? Es la imagen de la persona que entra a formar parte de la comunidad cristiana y en ella halla más o menos las mismas dinámicas de la sociedad: rivalidades, enemistades, ambiciones, incapacidad de perdón. Y entonces se aleja de la comunidad.

Bien, Jesús, una vez que encuentra la oveja perdida no la reconduce al redil, porque éste se ha convertido en un lugar peligroso, sino que la tiene consigo en una relación especial. El salmo afirma, por consiguiente, que cuando hemos sido confiados al gobierno de otros se ha producido un desastre, pero cuando nos fiamos del Señor hallamos la abundancia: me conduce a aguas tranquilas, me conforta, me guía por el camino justo por amor de su nombre, o sea, por su reputación.

El Señor, así pues, se ha ido construyendo la reputación de un Dios liberador. “Aunque pase por cañadas oscuras...”. Esta expresión es estupenda. El valle oscuro era una imagen con la que se indicaba el más allá, el reino de los muertos, el lugar donde se pensaba que Dios no estaba presente. Pues bien, tan grande es la confianza del salmista

en el Señor que es su pastor que llega a afirmar que aun cuando acabara en la ultratumba, tú me amas tanto que incluso allí estarías conmigo, así de fuerte es tu amor. Nosotros no nos damos cuenta de la incisividad de esta imagen. Tal vez sería preciso traducirla en otros términos: estoy seguro de que me amas tanto que, aun cuando diera con mis huesos en el infierno, tú vendrías allí conmigo porque nunca me abandonas: es una imagen de abandono total en el Señor como pastor.

Este ambiente cultural de Ezequiel y del Salmo citado es retomado por Juan en el capítulo 10,11-16 cuando Jesús se proclama el pastor. Estamos en el contexto de la colisión con las autoridades judías después de haber abierto los ojos al ciego de nacimiento (Jn 9,1-41). Los jefes religiosos no pueden tolerar que se haya podido llevar a cabo una acción positiva transgrediendo el mandamiento más importante, la norma que el mismo Dios observaba, o sea, el reposo del sábado. No admiten fisura alguna en su enseñanza y pretenden forzar al ciego a admitir que para él habría sido mejor quedarse ciego antes que ser curado por un pecador, término despectivo con el que descalifican a Jesús desde su prepotencia. Pero el antiguo ciego, con una profunda ironía, y con una gran riqueza teológica en sus palabras, dice: si es un pecador o no, yo no lo sé; solo sé que antes estaba ciego y ahora mis ojos ven (Jn 9,25).

El evangelista está diciendo una cosa tremenda que hace temblar los fundamentos de la institución religiosa: la experiencia del hombre es más importante que cualquier verdad teológica, está por encima de cualquier verdad dogmática. Cuando entran en conflicto y colisionan, entre la verdad teológica impuesta y la experiencia hay que darle prioridad a la experiencia. No queriendo admitir contradicción alguna en su teología, los fariseos lo expulsan fuera de la sinagoga, pero este castigo no supone un daño porque se ha encontrado con Jesús que lo ha acogido. Y es en este contexto donde Jesús se define pastor para quien le quiera seguir: “Yo soy el buen pastor” Jn 10, 11-16.

Ante todo, Jesús comienza reivindicando para sí la plenitud de la condición divina. Él se enfrenta con los fariseos a causa de la curación del ciego de nacimiento. Jesús reivindica lo que ha hecho, diciendo que no es la acción de un pecador. Los fariseos quieren convencer al ciego de que es un pecador porque ha transgredido el mandamiento. Pero Jesús reivindica su acción como una acción divina. Comienza diciendo “Yo soy”, que era el nombre de Dios en el Antiguo Testamento. Cuando Moisés ante la zarza ardiendo preguntó a la divinidad su nombre, el Señor no respondió con ningún título, sino con una actividad que lo hace reconocible: “yo soy”. Esta expresión en toda la tradición hebrea era siempre interpretada como “yo siempre estoy cercano a mi pueblo”.

Así pues, Jesús reivindica para sí la condición divina: la acción que hace no es la de un pecador sino la acción de Dios, ya que Dios no tolera que las personas sufran. Mientras tanto, a las autoridades religiosas no les interesa este hecho, porque la religión hace a las personas inhumanas: ellos afirman que la ley divina es más importante y por eso es suficiente ofrecer los propios padecimientos al Señor. La ley de Dios, por consiguiente, es el escudo, el parapeto tras el cual la institución religiosa cubre el propio interés. Y Jesús denunciará sin medias tintas que los jefes religiosos son los primeros que no creen en la ley cuando se opone a sus intereses. Al revés, la utilizan para reforzar el propio dominio y prestigio.

El mensaje de los evangelios es transparente: la ley no existe, porque Dios no hace leyes. Dios es amor y si hay algo que no puede ser codificado es precisamente el amor. Por eso, hablar de ley de Dios es un sin sentido. El amor no se codifica, se expresa mediante acciones creativas de vida que lo proponen. Por eso, cuando se habla de ley de Dios se entiende como mucho la ley de Moisés. Y resulta sorprendente que esta ley nunca sea invocada cuando es a favor del pueblo, sino siempre cuando es en defensa del propio poder y prestigio. Cada vez que Jesús se enfrenta al conflicto entre el respeto de la ley divina y el respeto del bien concreto que cumplir a favor del hombre, no tiene duda: elige el bien del ser humano, porque haciendo así se hace lo que Dios desea; observando la ley de Dios, por el contrario, a menudo se les causa sufrimiento, y esto no cuenta con el beneplácito divino.

Por tanto, abrir los ojos al ciego no es una violación de la voluntad de Dios, sino su cumplimiento. Además, hay que tener muy en cuenta que el evangelista en realidad no escribe “yo soy el buen pastor”, sino que dice “yo soy el pastor hermoso, bello”. En efecto, el término que traducimos por “bueno” significa originalmente “hermoso”. El evangelista no quiere indicar la bondad de Jesús, sino su unicidad: él es el pastor ideal, excelente, el mejor. Jesús reivindica para sí la unicidad y excelencia proclamadas por Ezequiel: el Señor será el único pastor de su pueblo. Se comprende de este modo por qué hacia el final de este discurso todos los presentes dicen que Jesús se ha vuelto loco y pretenden eliminarlo. Él reivindica para sí la condición de pastor, que era la condición divina.

Conforme a esta imagen, los creyentes constituyen un rebaño y Jesús es el pastor que se ocupa de la felicidad del mismo. En dicha comunidad no existen otros pastores, esta idea es ajena al Nuevo Testamento. En cuanto a la misión confiada a la comunidad en su relación hacia el exterior, Jesús es el modelo de pastor, es decir, está dispuesto a dar la vida. Esta expresión aparece repetida hasta cuatro veces. Nos situamos, pues, bien lejos de la figura de los pastores denunciados por Ezequiel. Ellos, más que dar vida, se apropiaban de la vida de las ovejas para su propio beneficio. Con la imagen del pastor, Jesús elimina todo vestigio de dominio y poder.

Cuanto Jesús enseña, lo pone también en práctica. Recordemos el momento del prendimiento: en la pendiente del Monte de los Olivos Jesús se hallaba en una situación ventajosa para escabullirse y salvar su vida; en efecto, al ver que se acercaba la avanzadilla de policías del templo para capturarlo podría haber escapado introduciéndose en el desierto. El entramado de cavernas y escondrijos del mismo le habría puesto fácilmente a salvo. Los discípulos, que estaban dispuestos a dar la vida por él (Jn 13, 37-38), le habrían cubierto las espaldas. Estaban dispuestos a todo, pero el caso es que no habían comprendido que no se trata de dar la vida por él, sino con él y como él darla a los demás. Los discípulos, y Pedro de modo particular, están preparados para dar la vida por Jesús, pero no han captado que se trata de tener el mismo final que él. Jesús no escapa. Permanece a la espera, y cuando van a prenderlo suplica que dejen libres a sus amigos (Jn 18,8).

Así pues, es el pastor que ha dado su vida por las ovejas. “El mercenario, en cambio, que no es pastor y al que no pertenecen las ovejas, cuando ve venir al lobo huye, y el lobo acaba con ellas y se pierden”. El lobo representa una amenaza para ambos, tanto para el mercenario como para el pastor. Pero el pastor, para quien la integridad de sus ovejas le preocupa tanto como su propia existencia y cuya tarea es

impedir que se pierdan, es capaz de dar la vida por las propias ovejas. El mercenario no es capaz, las abandona porque ejerce el oficio simplemente para su propia ganancia e interés. El mercenario no es un pastor malvado. Jesús no les reconoce un papel que, si bien degenerado, habría implicado la existencia de un encargo por parte de Dios, el ser pastor, sino que los iguala a los ladrones y bandidos, expresión que precedentemente Jesús había usado para referirse a los dirigentes del pueblo, que son ladrones y asesinos (Jn 10, 8); ladrones porque han tomado posesión del rebaño que era de Dios y asesinos porque para robar el rebaño asesinarán al pastor legítimo, Jesús, el hijo de Dios.

Jesús sigue reivindicando su condición divina. “Yo soy el pastor bueno, conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí”. Se autodefine en estos términos por tercera vez. Tres es el número que indica algo completo. Él ha venido a establecer una nueva relación entre los hombres y la divinidad. En la religión, los hombres estaban habituados a una relación de sumisión en relación a un Dios que había que servir y temer, al que era preciso ofrecer cosas. Jesús trae consigo, en cambio, una experiencia de relación íntima y profunda.

La expresión “conozco mis ovejas” indica incluso una relación conyugal, es decir, de plena intimidad. Para subrayar la profunda relación que se establece entre el pastor y sus ovejas, Jesús añade que el pastor las llama una a una (Jn 10,3). En el mundo palestino es interesante ver a los pastores beduinos que conducen a pastar enormes rebaños compuestos por centenares de ovejas; para nosotros no es más que un rebaño, pero para ellos no. Cada oveja recibe un nombre, cuenta con sus características peculiares que las distinguen de las otras. El pastor, que las ha visto nacer, tiene una relación personal con cada una, una relación profunda, íntima. “Como el Padre me conoce, yo conozco al Padre y ofrezco mi vida por las ovejas”.

El evangelista se detiene en esta imagen para afirmar que la relación entre Jesús y su rebaño nace de la intimidad que él mantiene con el Padre. La distancia que había entre Dios y los hombres, querida y mantenida por la institución religiosa, ahora ha sido anulada. Antes, Dios era inaccesible para el hombre. La religión establecía que el hombre no podía dirigirse a Dios directamente: tenía necesidad de una persona (el sacerdote), un espacio particular (el templo), un orden bien preciso (el culto), unas normativas minuciosas y rigurosas (la ley)... Todas éstas son las mediaciones inventadas por el entramado religioso para mantener en pie la distancia entre los hombres y Dios. Con Jesús, todo esto desaparece de un plumazo. Él desea que la misma intimidad existente entre él y el Padre se de entre él y los suyos. Así pues, el recurso a las mediaciones de las instituciones religiosas, que se pensaba favoreciesen la comunión con Dios, se revela falso y contraproducente.

“Y tengo otras ovejas que no son de este rebaño. También tengo que reunir las a ellas, y habrá un solo rebaño, un solo pastor”. No es solo que el recinto del judaísmo haya perdido ya su vigencia y haya desaparecido su función, lo mismo se puede afirmar de cualquier otra institución que obstaculice la plena libertad de los seres humanos. El pastor ha de reunir y conducir igualmente todas las otras ovejas. Jesús ha entrado dentro del redil del judaísmo para saquearlo y sacar de él a las ovejas: es la imagen del éxodo y la liberación. Pero para Jesús no es suficiente acabar con ese redil. El mundo está lleno de rediles y también allí debe hacer resonar su voz para que quienes la escuchan puedan seguirlo.

El término redil empleado por el evangelista, indica en el Antiguo Testamento el atrio del santuario del templo, lugar por excelencia de la institución religiosa. El redil concede seguridad, pero a cambio de renunciar a la libertad. He aquí la fascinación que ejercen la religión y la institución religiosa: dame tu libertad y te daré a cambio seguridad. Quien acepta entrar en ese redil pierde el derecho de pensar y actuar como quiera, se le dirá lo que está bien y lo que está mal, en su comportamiento solo tendrá que seguir las instrucciones que se le den. Jesús ha venido a liberar de todo esto. Ha venido a ofrecer la libertad plena porque la persona no puede crecer mientras no goza de libertad. La estructura de la religión tiene necesidad de mantener a las personas en una condición de infantilismo. ¿Quién tiene necesidad de un padre?: el niño, la persona infantil. La religión tiene interés en mantener a las personas en un estado de infantilismo, porque teme la madurez de las personas, prefiere tenerlas sometidas y decirles lo que tienen que hacer.

Jesús, en cambio, dice que todas aquellas instituciones que mantienen a las personas cerradas, eliminando su libertad a cambio de una presunta seguridad, son objeto de la misión que él ha recibido. Él sabe poseer una fuerza capaz de derrotar y derribar los recintos y las seguridades. Y esta fuerza no es otra que su voz. La voz de Jesús es la formulación perfecta del deseo de plenitud de vida que cada uno de nosotros lleva consigo. Las cosas que Jesús ha dicho no son nuevas. Cada uno de nosotros las tenía dentro, pero las había tenido reprimidas, como sofocadas porque tenía incluso miedo a exponerlas. Pensad hasta qué punto llega el sinsentido de la religión: estas cosas que corresponden al deseo de plenitud de vida eran consideradas una herejía e incluso un pecado y se tenía miedo de decirlas. Aquí se manifiesta la opresión de la institución religiosa, que sofoca el deseo de plenitud de vida de las personas. Lo sofoca pero no lo apaga, siempre queda una llama encendida, y la gente apenas escucha hablar a Jesús siente que esa llama se reenciende.

Por tanto, Jesús, paradójicamente, no dice nada nuevo respecto a aquello que tenemos dentro de nosotros. Simplemente lo formula. Nosotros ya lo intuíamos porque el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, tiene dentro de sí dicha condición divina y apenas escucha la voz del pastor percibe que era eso lo que esperaba. Es por eso por lo que Jesús dice que oirán mi voz y serán un solo rebaño y un solo pastor.

Por desgracia, un error de traducción de esta expresión cometido en el pasado provocó graves tragedias: probablemente fue san Jerónimo, un gran traductor y un santo insigne quien, pese a ello, al traducir confundió el término “rebaño” con el término “redil”, y tradujo “formarán un solo redil”, o sea, todo lo contrario de lo que Jesús quería decir. Jesús anunció el final de la época de los recintos, por muy sagrados que estos puedan ser. Él no limita la libertad de las personas, la potencia dándoles la plena libertad de los hijos de Dios. Jesús, así pues, no saca las ovejas del redil del judaísmo para conducir las a otro redil, sino para restituirles su plena libertad.

El error mencionado causó que surgieran las guerras de religión y una devastante teología que estuvo en vigor hasta los años sesenta (fuera de la Iglesia no existe salvación). Este dicho se deriva precisamente de esa traducción inexacta: habrá un solo redil... ¿cuál es ese único redil? Es la Iglesia, fuera de la cual no existe salvación alguna. Comenzó, por consiguiente, la colocación forzosa de las personas dentro de este único redil válido, y esto llevó consigo la tragedia de nuestro cristianismo. Durante

siglos hemos tenido cristianos a la fuerza, que no habían optado libremente por serlo. Pero no había otra solución, porque fuera de la Iglesia no había posible salvación.

En 1442, bajo el pontificado del papa Eugenio IV, el Concilio de Florencia declara: « (La Santa Iglesia Romana)... cree firmamente, profesa y proclama que nadie fuera de la Iglesia católica, no solo los paganos, sino también ningún judío, hereje o cismático, puede participar en la vida eterna.; ellos estarán "en el fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mt 45, 23), a menos que, antes de que termine su vida, no encuentren refugio en la Iglesia. Porque la unión con el cuerpo de la Iglesia es tan fundamental que los sacramentos eclesiales son solo eficaces para aquellos que habitan en su seno; y el ayuno, la limosna y otras obras de piedad y ejercicios de vida cristiana militante otorgan la recompensa eterna solamente a ellos. Y nadie puede ser salvado, aun cuando diera su sangre en nombre de Cristo, a menos que se halle en el seno de la Iglesia católica y esté unido a ella» (Bulla unionis Coptorum Aethiopicumque – Cantate Domino – Decretum pro Iacobitis. Denz. 714).

Por consiguiente, no se trataba de una elección. No había otra opción: o eres cristiano bautizado en la iglesia católica o cuando mueres, vas al infierno para siempre. Menos mal que aunque los tiempos de la Iglesia son un tanto lentos, antes o después se llega a rectificar: fueron necesarios cinco siglos hasta que el Concilio Vaticano II tomó este pensamiento del Concilio de Florencia, cambiando su formulación en términos positivos: «Dios, como salvador, quiere que todos los hombres se salven. Así es, todos aquellos que sin culpa propia ignoran el Evangelio de Cristo y su iglesia, y sin embargo buscan sinceramente a Dios y con la ayuda de su gracia se esfuerzan por cumplir en sus obras la voluntad de Dios, conocida a través del dictamen de la conciencia, pueden alcanzar la salvación eterna» (Lumen Gentium 16).

Otro ejemplo de traducción equivocada que provocó daños cuantiosos tiene que ver con la invitación que Jesús hace: si no os convertís, no entraréis en el reino de Dios. Convertirse (metanoia) significa orientar de forma distinta la propia existencia: dejar de vivir centrados sobre nosotros mismos y comenzar a vivir por los demás. Y sin embargo, sorprendentemente, la invitación a la conversión pasó a ser “si no hacéis penitencia no entraréis en el reino de Dios”. Y esto dio pie al masoquismo de las personas: cuanto más se sufre más contento está el Señor. Pero Jesús nunca invita a la penitencia, a la mortificación o al sufrimiento, nunca jamás. Él quiere que los hombres sean felices. Pero, ¿qué padre puede ser feliz viendo que su hijo se autoinflinge padecimientos y dolencias para serle grato? Los errores de traducción, en verdad, pueden resultar devastadores.

Volvamos al párrafo del Buen Pastor. “Serán un solo rebaño, un solo pastor”. Es necesario estar muy atentos a las pistas que van dejando los evangelistas en sus narraciones, ellos son auténticos artistas del lenguaje, grandes teólogos. No hay siquiera una coma que esté puesta fuera de sitio. En este caso, el evangelista no inserta la conjunción copulativa “y” entre los dos términos rebaño y pastor. Dice “un rebaño, un pastor”, para indicar que la realidad del rebaño contiene la del pastor. Pastor y rebaño se funden en una única realidad inseparable.

Dios es amor y no limita a los hombres sino que los potencia; es un Dios que desea fundirse con el hombre para hacer que éste llegue a ser como él. El rebaño de Jesús, esta comunidad que recoge en su seno a todos aquellos que descubren en el

mensaje de Jesús la formulación del propio deseo de plenitud de vida, contiene al pastor, o sea Dios, el nuevo santuario de Dios: en el antiguo santuario era preciso desplazarse para ir al encuentro de Dios, pero en el nuevo santuario es Dios quien se acerca al hombre; al santuario antiguo muchas personas no podían acceder porque estaban en situación de pecado a causa de su conducta inmoral, pero en el nuevo santuario es el pastor quien va en busca de estas personas para acogerlas.

Tercer nombre: EL MÉDICO (Mc 2,14-17)

Otra imagen con la que Jesús presenta su misión como Mesías, como Cristo, el ungido en la acción de Dios a favor de la humanidad es la imagen del médico (iatroi). Es un término relacionado con la vida. Para considerarlo tomemos el Evangelio más antiguo, el de Marcos, en 2,14ss.

Hemos visto que en Jesús se manifiesta un Dios liberador, un Dios que ama a los hombres, un Dios que no disminuye ni reduce en nada al hombre, sino que lo potencia al máximo hasta fundirse con él. Hemos terminado hablando de un rebaño y de un pastor. La comunidad cristiana es aquella en la que reside Dios y que está en movimiento siempre: va al encuentro de aquellas personas que están sedientas de vida, pero sobre todo de aquellas que no pueden acceder al templo. En la antigua mentalidad de la religión, los hombres tenían la obligación de ir al templo para encontrarse con la divinidad, pero en la práctica no todos podían entrar en su recinto. Pero ahora con Jesús es el santuario (Jesús y su rebaño) el que va a encontrarse con estas personas para comunicarles vida. Así pues, es la imagen de un Dios que potencia, que se funde con la humanidad, que perdona y que no excluye a nadie de su radio de acción.

Es este perfil precisamente el que hallamos en el Evangelio de Marcos. El contexto nos presenta a Jesús junto al mar, seguido por una muchedumbre, él les enseña y sucede entonces algo notable: "...pasando vio a Levi de Alfeo sentado en el banco de los impuestos. Le dijo sígueme". Jesús ve ante sí a la persona más despreciada en tierra de Israel: un funcionario encargado de recolectar los impuestos, una persona que en virtud de la actividad que ejercía, estaba radicalmente excluida de la salvación. Los recaudadores de impuestos eran considerados un tipo de personas manchadas de forma indeleble por su ambición financiera, que anteponían a cualquier otra cosa. Se llegaba a afirmar que aunque un recaudador, así llamado "publicano", se convirtiera, para él no habría salvación posible. Para ser salvado debería restituir cuatro veces todo aquello que hubiera robado. Pero, ¿cómo hacer para hallar a todas las personas que hubiera estafado?

Por consiguiente, el publicano era el impuro por excelencia. Eran impuros incluso los instrumentos que usaba para controlar las mercancías que pasaban por sus manos, impura su casa, sus vestimentas; decían los rabinos que era preciso mantener una distancia de seguridad respecto a ellos de al menos 2 metros. No se les podía acoger en casa, a riesgo de que toda la vivienda quedara contaminada y fuera necesario rascar minuciosamente todas las paredes con agua hirviendo para desprender la impureza.

Jesús tiene ante sus ojos al condenado por excelencia, el pecador máximo por culpa propia ya que nadie le ha obligado a elegir ese trabajo. Según las normas, tendría que haber pasado de largo, haberle evitado, pero en cambio, le dirige la misma invitación que dirigió a sus primeros seguidores, que serían más tarde los primeros cristianos: ven y sígueme. Idéntico episodio encontramos en el Evangelio de Mateo, pero los nombres aquí son diferentes. En este caso, el hombre sentado en el banco de los impuestos se llama Mateo, aquí en cambio es llamado Levi. Es éste otro ejemplo más de que los evangelios no son historia sino teología, pues lo que cuenta es el mensaje transmitido: aun con formas diversas, los evangelistas nos dicen que los excluidos de Israel son reintegrados por el amor de Dios, no por sus propios méritos, sino por un don amoroso del Señor.

La novedad traída por Jesús y obstaculizada frontalmente por los fariseos es ésta: mientras que los fariseos habían inculcado en la gente la idea del mérito, en el sentido de que el amor de Dios y su perdón han de merecerse a través del esfuerzo, los sacrificios y las plegarias, con Jesús el amor de Dios no tiene que ver con mérito alguno, sino con las necesidades de las personas.

Podemos afirmar que la relación con Dios se establecía entonces en términos equivalentes a los criterios de prostitución: de hecho, el término mérito deriva del verbo latino “merere” (meretriz), que en sentido absoluto, significa obtener una ganancia por medio de la prostitución; en efecto, el amor era comprado. Pero la gran diferencia es que no todos podemos acumular méritos debido a las distintas situaciones vitales que atravesamos, mientras que necesidades todos tenemos. La acción de Jesús, en efecto, no consiste en observar los méritos sino las necesidades de las personas.

Así pues, un mismo personaje asume dos nombres diferentes: - en el evangelio de Mateo se le denomina Mateo, nombre procedente del hebreo en el que Matatías indica don de Dios: la salvación que Jesús ofrece, por consiguiente, no es fruto de los méritos de Mateo sino que es un don de Dios; - en el evangelio de Marcos se llama Levi, que era el nombre de la tribu que había sido descartada en la división de la tierra prometida llevada a cabo por las tribus de Israel; había sido excluida, pero Jesús la reintegra no por sus méritos, sino porque Dios no acepta ningún tipo de exclusión.

Jesús lo invita a seguirle, y se nos dice que él se puso en pie y lo siguió. El verbo empleado por el evangelista para decir ponerse en pie es el verbo “anastaso”, que significa resucitar, renacer. Resulta del todo escandaloso lo que hace Jesús: con los pecadores no se podía establecer ningún tipo de relación, ni tan siquiera para inducirlos a la conversión, en cualquier caso para ellos no había posibilidad alguna de salvación. Pero Jesús cuando ve a un pecador no le dice: si te conviertes, podrás ser miembro de mi grupo. No, no le pone condición alguna. Lo trata como a cualquier otra persona e, independientemente de su condición, le ofrece la plenitud de la vida. Y le dice: “sígueme”.

La situación de Levi es de pecado y de muerte, pero desde el momento en que se alza para seguirlo, recupera la vida, resucita. “Se puso en pie y lo siguió”. Pero lo que produce mayor perplejidad es el desenlace posterior. De por sí es desconcertante que Jesús invite a un pecador a su seguimiento, ya que una persona no purificada hacía impuras a todas las personas con las que se relacionaba, en otras palabras, a todo el grupo que sigue a Jesús. Por eso, en lógica religiosa sería de esperar en este momento

una reflexión moral por parte de Jesús, una clara indicación acerca de la actitud a adoptar por parte de Leví, pero, en cambio, ¿qué sucede?: nada de reproches, al revés, es convocado un almuerzo y con él, una fiesta.

En esta tesitura, Jesús no le reprende por su situación pasada, sino que se regocija por la situación presente. El encuentro de Dios con el pecador nunca es humillante, sino siempre exaltante. Jesús no echa en cara al hombre su comportamiento pasado, se alegra con él por la nueva situación. “Sucedió que mientras estaba reclinado a la mesa en casa de él, muchos pecadores se sentaban con él y con sus discípulos; en efecto, eran muchos los que le seguían”. Pero ¿en casa de quién están, es la casa de Leví o la casa de Jesús? El evangelista omite el sujeto a propósito, quiere indicar que Leví y Jesús se han fundido en uno: la casa de Leví es ahora la casa de Jesús, y viceversa.

En los evangelios no existe ni tan siquiera una indicación que esté de más. ¿Por qué se dice que Jesús estaba tumbado o reclinado sobre la mesa? En los almuerzos festivos y solemnes los señores de la casa comían reclinados sobre las alfombras en posición de tumbados. Se apoyaban en la mesa con el codo derecho tomando los alimentos de la bandeja central llena de comidas succulentas. Este era el modo de comer de los señores. En particular, así se hacía en la comida pascual en la que se recordaba la liberación de la esclavitud. Cuando Jesús invita a un pecador a seguirlo no lo somete a penitencia, sino que le da la condición de señor, una persona plenamente libre y solo hay que festejarlo.

Este gesto atrae también a otros. Es algo del todo inaudito para la mentalidad de la época. La gente ha escuchado cómo Jesús invita a un pecador público, una persona conocida, el recaudador de impuestos de Cafarnaum. Lo ha invitado a seguirlo y está dando en su honor un almuerzo en su casa y todos los de su condición están celebrando juntos, publicanos y pecadores, o sea, todos aquellos que viven fuera de la ley. Este suceso les atrae y se acercan a Jesús: por primera vez, se encuentran con alguien que no los acribilla ni reprocha ni les hace sentir pesar por su propia vida, sino que les propone plenitud de vida.

Sin embargo, para la mentalidad religiosa de la época resultaba grave almorzar con ese tipo de gente; todos los participantes en dicho banquete quedaban infectados y contaminados. Y, en efecto, he aquí la reacción de las personas religiosas: “Entonces los escribas y los fariseos, viendo que comía con pecadores y publicanos, decían a los discípulos: « ¿por qué come vuestro maestro con pecadores y publicanos? »”. Cada vez que en los evangelios Jesús comunica vida a las personas, enriqueciendo su existencia, surgen en la escena de repente escribas y fariseos para interrumpir la acción. Existen incluso dos episodios que se antojan realmente absurdos, como cuando Jesús y sus discípulos pasean en medio de un tragal y cogen espigas. Aparecen como por encanto entonces los fariseos, como si estuvieran ocultos entre el trigo (Mc 2,23ss). Se trata de recursos literarios con los que el evangelista hace ver que la tradición religiosa que ha sido inculcada en la mente de las personas no se desenraiza fácilmente. Cada vez que el ser humano intenta ser libre siempre pesa sobre él este recuerdo del pasado, un Dios que infunde temor. El hombre lleva este dilema en su DNA, en su sangre, por lo que en los momentos más delicados aparece de improviso la imagen de un Dios severo y castigador que se creía ya olvidada.

Por tanto, estos escribas y fariseos que aparecen de la nada durante el almuerzo son imágenes de la conciencia religiosa de las personas, y la acusación que hacen es muy sutil: ¿no os dáis cuenta de que comiendo con publicanos y pecadores el maestro os está haciendo impuros? El criterio de lo puro y lo impuro indicaba entonces la posibilidad de entrar en comunión con Dios o la imposibilidad de hacerlo. Si eres impuro, queda cerrado automáticamente el canal de contacto con la divinidad. Comiendo con pecadores, la persona quedaba infectada y alejada de Dios.

Los fariseos no han captado la gran novedad traída por Jesús. En realidad, es la religión la gran enemiga del hombre, pues lo aleja de Dios. La religión exige que la persona se purifique para poder acercarse al Señor, pero para algunas personas esto no resulta posible. El único que podría liberarlas es el mismo Señor, pero al no podersele acercar pierden el camino de salvación, como es el caso del leproso (Mc 1,40ss). La religión hace que las personas pierdan toda esperanza. Pero Jesús da al traste con todo este esquema: no es cierto que el hombre tenga que purificarse para ser digno de acoger al Señor, antes bien, es la acogida del Señor la que lo purifica y lo hace digno. De este modo, Jesús consigue demoler uno de los pilares de la religión: la idea del mérito y de la dignidad.

“Jesús les dijo: «no tienen necesidad del médico los que están bien, sino aquellos que están mal. No he venido para invitar a los justos, sino a los pecadores»”. Jesús dice algo tan normal y tan lógico que solo la deformación de la religión impide aceptarlo a sus interlocutores: la religión hace que las personas se vuelvan estúpidas porque no las deja razonar con su propia cabeza según razonamientos obvios y lineales. La religión hace que el enfermo no pueda recibir al médico, impide que quien lo necesite reciba la medicina precisa. Entonces Jesús pone a los fariseos frente a este absurdo.

Esta es, en resumen, otra de las imágenes con las que Jesús se presenta: él es el médico que cura al ser humano de todas sus dolencias. Es precisamente la razón de la culpa y del pecado la que debe hacer que nos acerquemos al Señor como médico. Él ha venido para sanar y curar la realidad del hombre. Pero para las autoridades religiosas representadas aquí por los escribas y los fariseos, el bien del hombre no interesa. A ellos únicamente les interesa el respeto de la ley.

Cuarto nombre: EL ESPOSO (Mc 2,18-22)

El episodio precedente prosigue cambiando de escena de forma repentina: a una escena de banquete, el evangelista contrapone ahora una de ayuno. De una escena de vida se pasa sin solución de continuidad a una escena de muerte. “Los discípulos de Juan y de los fariseos estaban ayunando”. He aquí una buena definición de la religión: en la fe, se come y se hace fiesta, en la religión se ayuna. La religión es tétrica, tenebrosa, en ella se da el culto del sufrimiento.

¿Por qué ayunan? No se trata del ayuno impuesto por la religión judía que se hacía una vez al año, en una festividad conocida como Yom Kippur, el día del perdón.

Ese día todos ayunan y los pecados del pueblo son depositados simbólicamente en la cabeza de una cabra que es enviada al desierto para que allí encuentre la muerte. Todos los pecados del pueblo quedaban así perdonados, en éste que era el único día de ayuno oficial.

Pero las personas religiosas y pías quieren más, no tienen suficiente con los requerimientos oficiales. Quieren hacer más para distinguirse de los otros. Por eso, los escribas y los fariseos ayunaban dos veces por semana: - el jueves, recordando la subida de Moisés al monte Sinaí; - el lunes, recordando su descenso del mismo. Pues bien, en los evangelios cuando las personas pías ayunan, Jesús almuerza con los pecadores. La comida acerca a Jesús hacia los pecadores, el ayuno acerca a los fariseos a los discípulos de Juan. Es extraño que aun sigan existiendo los discípulos de Juan: ¿no fue él quien proclamó a Jesús como aquél que era preciso seguir?

En realidad, son personas que nunca han aceptado a Jesús, porque Jesús nada tiene que ver con el Mesías esperado. Juan decía: viene aquél que tiene el hacha en su mano y corta y quema todo árbol que no produce fruto (Lc 3,9). Este era el Mesías que había de venir. Pero Jesús se disocia de esta idea. Es más, pondrá en crisis al mismo Juan Bautista cuando éste, encarcelado en la cárcel de seguridad de Maqueronte, en la orilla oriental del Mar Muerto, envía un ultimátum descalificativo a Jesús, preguntando a través de sus discípulos si es él el que había de venir o debían esperar a otro (Lc 7,19). Juan ha presentado un Mesías castigador que separa los buenos de los malos como se separa la paja del grano (Lc 3,17), pero llega a sus oídos que Jesús come con los pecadores y que, en abierta polémica con su enseñanza precedente, no solo no tala el árbol que no produce frutos, sino que lo cuida con esmero, remueve la tierra a su alrededor y le echa abono (Lc 13, 6-9).

Por consiguiente, Juan y sus discípulos no han aceptado a Jesús. Entonces, Jesús les ofrece una imagen nueva de sí, una de las menos conocidas. Y para eliminar el terror ancestral que se remonta a la noche de los tiempos en relación a Dios, da de sí mismo la imagen del esposo, pero no en el sentido de que si él es el esposo, entonces nosotros somos la esposa del Señor. No, él quiere decir mucho más que esto mediante una imagen que tiene la fuerza de cambiar nuestra existencia. “¿Pueden acaso ayunar los hijos del baldaquino nupcial mientras el esposo está con ellos? Mientras que está el esposo con ellos no pueden ayunar”. Aquí el evangelista usa una expresión hebrea (los hijos del baldaquino nupcial), que ha de ser leída en el contexto de la cultura de la época. Algunas traducciones no logran transmitir adecuadamente su significado.

¿Quiénes son los hijos del baldaquino nupcial? El matrimonio israelita tenía lugar del siguiente modo: el día de la boda el esposo era acompañado por los dos amigos más íntimos que tenía desde la infancia, personas con las que mantenía una profunda sintonía y que eran las encargadas de mantener alegres a los invitados durante la fiesta. Era tan importante su función que ambos quedaban exentos de la observancia de cualquier precepto religioso en ese día. No obstante, su principal misión no era la supervisión de los pormenores de la fiesta: ambos debían acompañar al esposo en su primer encuentro con la esposa. Ocultos en el baldaquino o alcoba nupcial tras unas cortinas, los amigos esperaban impacientes a oír el grito del esposo, grito que éste profería cuando verificaba que su esposa era virgen. Eran personas, así pues, que vivían muy de cerca un momento tan importante, personas con las que el esposo mantenía una intimidad profunda. Después, una vez que el esposo profería su grito, iban a la sala del

banquete y lo anunciaban. Entonces la gente aplaudía con alborozo y comenzaba el jolgorio. Lo importante en cualquier caso era la virginidad de la esposa. Los dos protagonistas regresaban después al baldaquino, y el esposo les daba la tela manchada con la sangre de la defloración de la esposa, que ellos a su vez entregaban a los padres de la esposa para evitar futuras reclamaciones. A este profundo nivel de amistad invita Jesús a sus discípulos y a nosotros mismos.

Jesús quiere establecer con nosotros una relación de plena y gran intimidad, de gran amistad. No desea una relación de siervos con su Señor. Esto era propio de Moisés, siervo de Dios, que propone una alianza basada en la obediencia. Jesús no es el siervo de Dios, es su Hijo y propone una alianza entre los hijos y su padre, basada además en el crecimiento mediante la práctica y la semejanza del amor del Padre. Los hijos se asemejan al Padre, recibiendo en la medida que lo hacen un amor que les hace semejantes a él. Estas son enseñanzas válidas para la comunidad cristiana, que podemos verificar cuando cometemos una equivocación, un error. Cuando se comete un error hacia un verdadero amigo, no hay necesidad siquiera de pedirle perdón, porque será él quien venga a nuestro encuentro. El verdadero amigo está siempre dispuesto a tender la mano y recomenzar la relación amistosa.

Jesús desea esta relación de intimidad y de amistad plena. “Sin embargo, vendrán días en que el esposo será llevado a la fuerza; entonces ayunarán”. En definitiva, el ayuno religioso servía para atraer el amor de Dios, su perdón hacia las personas. Con Jesús resulta inútil. El amor de Dios ha sido dado en plenitud con Jesús, es más, de forma anticipada. Por ello, el único aspecto que sigue en pie del ayuno es el de la tristeza. Cuando se llevarán al esposo..., (se refiere al día de su muerte), entonces ese día ayunarán, no otros días.

Por desgracia, muchos de nosotros hemos tenido esa experiencia: cuando se nos muere una persona querida, pensamos en todo menos en comer. Hay algo que se nos bloquea dentro, se nos hace un nudo en el estómago. Hay una tradición, bastante difundida en el pasado, que establece que en el momento del luto, los vecinos se encargan de preparar la comida. El único motivo por el que Jesús admite el ayuno es el día de su muerte. Pero para que todo esto sea comprendido, se hace necesario un cambio radical. Nadie cose un remiendo de tela nueva sobre un manto viejo; de lo contrario, se produce un descalabro mayor. Y nadie introduce el vino nuevo en odres viejos, pues se rompen los odres y todo se echa a perder. A vino nuevo, odres nuevos.

Al término de esta narración, Jesús destruye la categoría del mérito: Levi no ha sido llamado por sus méritos sino por sus necesidades; es invitado a cenar, pero no piensa ser digno de acoger al Señor. Pero es la acogida del Señor la que lo purifica y le hace digno. Este nuevo mensaje, esta nueva relación que Jesús viene a proponer entre los hombres y el Padre no puede de ningún modo entrar dentro de las viejas categorías de la religión. Si se intenta insertar esta novedad dentro de las viejas estructuras de la religión, nos percatamos de que son insuficientes y de que impiden saborear la plenitud de lo nuevo. El vino nuevo no puede ser contenido en los odres caducos, se pierden las viejas estructuras y se pierde el vino nuevo: es una tragedia tremenda. La novedad de Jesús tiene necesidad de una comunidad cristiana creativa, capaz de inventar continuamente nuevas fórmulas que expresen este amor increíble, creciente e incesante de Dios hacia la humanidad.

Quinto nombre: HIJO DEL HOMBRE (Mt 20, 17-28)

Tras el nombre propio “Jesús”, la denominación más utilizada en los evangelios referida a Jesús (más que Cristo, Mesías, Salvador u otros títulos) es “Hijo del hombre”, que, sin embargo, paradójicamente es la más desconocida de todas. Los evangelistas no son originales en el uso de este título, pues lo toman del libro del profeta Daniel. En el capítulo 7 de este libro se describe un sueño en el que el profeta ve de forma sucesiva los cuatro imperios más poderosos de la antigüedad representados por bestias feroces:

- La primera bestia es un león con alas de águila. El león representa a Nabucodonosor, figura del imperio de Babilonia.
- La segunda bestia es un oso que está devorando tres costillas: representa el imperio de los Medos, la actual Irán, cuyos habitantes eran conocidos por su gran ferocidad.
- La tercera es un leopardo con cuatro alas de pájaro y cuatro cabezas, que representa el reino de los Persas, dotado de un poder universal y extendido desde un extremo al otro del mundo conocido entonces.
- La cuarta bestia no es ni siquiera descrita: era horrenda y ferocísima. Representa el reino de Alejandro y sus sucesores.

A lo largo de esta visión se van sucediendo estas cuatro bestias que simbolizan los cuatro imperios, ninguno de los cuales es capaz de garantizar una mejoría a la existencia humana, por el contrario, se va incrementando la fiera destructiva. En este sueño, el profeta contempla representada la historia de la humanidad. A un cierto punto dice Daniel: “Yo miraba en las visiones nocturnas y he aquí venir sobre las nubes del cielo uno semejante a un hijo de hombre (significa creado por Dios); él llegó hasta el anciano (figura que representa a Dios), se le acercó y se le concedieron el poder, la gloria y el reino para que todas las gentes le sirvieran, y su dominio es un dominio eterno que nunca pasará y su reino no será destruido (Dn 7,13-14). En esta visión el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es llamado a dominar sobre las fieras y su reino no conocerá fin.

Los evangelistas toman esta imagen del Hijo del hombre y la aplican a Jesús pero con una particularidad: Jesús es Hijo del hombre porque es la máxima expresión de la humanidad, la máxima potencialidad del hombre, pues cuando el hombre alcanza su esplendor entra de algún modo en la condición divina. Hijo del hombre indica, así pues, la máxima aspiración del hombre a crecer hasta alcanzar la condición divina. En cuanto Hijo del Hombre, la misión de Jesús será humanizar el mundo, pues en él se manifiesta plenamente la realización del proyecto de Dios hacia la humanidad: crear un hombre que participara de la condición divina.

Así pues, Jesús es el máximo exponente de la humanidad, y a la vez, aquél que coincide con el máximo de la divinidad. Jesús es Hijo del hombre desde el punto de vista de la humanidad, el hombre que crece hasta el punto de alcanzar el máximo de su potencialidad, pero es Hijo de Dios visto desde la parte de Dios: es el hombre-Dios que posee la condición divina y actúa como Dios. Este es el título que Jesús se autoatribuye; siempre está en su boca. Ser Hijo del hombre no es una exclusividad celosa de Jesús,

sino una posibilidad concedida a todos, porque es posible llegar a ser Hijo del hombre si se llevan al máximo límite posible todas las propias capacidades de amor. Todo individuo posee dicha potencialidad. No es un atributo exclusivo de Jesús como ser extraordinario.

Dilatar al máximo la propia capacidad de amar es lo que nos permite entrar en la condición divina y desde ese momento la vida cambia: podemos ser el hombre-Dios, el hombre que se comporta como Dios. Para llegar hasta ahí, Jesús ofrece indicaciones que a veces no son tomadas en serio por nosotros creyentes porque pensamos que se trata de exageraciones, cuando en realidad son caminos posibles: si deseamos hacer realidad en plenitud el proyecto que Dios tiene hacia nosotros, es preciso que nos humanicemos plenamente.

En Jesús, Dios se hace plenamente humano; cuanto más se humaniza el hombre, más encuentra lo divino. En este proceso se da el crecimiento en el amor. En el evangelio Jesús nos dice que no es suficiente perdonar, sino que es necesario incluso hacer bien a quien nos procura el mal y hablar bien de quien habla mal de nosotros (Mt 5, 38-48; Lc 6, 27-38), pero habitualmente no solemos practicar estas indicaciones. Nos parece que es suficiente perdonar, todo lo que vaya más allá nos parece fuera de nuestro alcance. Y de este modo, desgraciadamente, amputamos nuestro proceso de crecimiento en el amor.

Cuando Jesús nos invita a hacer el bien a quien nos trata mal y a hablar bien de quien nos critica no pide algo que esté fuera de la capacidad del ser humano, sino algo posible. Nos invita a hacer así porque el perdón es una etapa del camino. Después del perdón hay que hacer el bien a quien nos ha hecho el mal. Normalmente las personas no lo hacen y paralizan el proceso creativo, y así no llegan a experimentar la embriaguez de sentir la divinidad que palpita en nuestra existencia. Al menos una vez en la vida se puede hacer una prueba, si lo hacemos veremos que sucede algo increíble: dilataremos hasta el máximo posible nuestra capacidad de amor y esto nos hará entrar en sintonía con la onda de amor de Dios, uniéndonos profundamente con él. Este es el Hijo del Hombre, el que siente palpitar dentro de sí la vida divina.

Este es el comportamiento de Jesús que será considerado peligroso por la institución religiosa, la mediadora entre el hombre y Dios. En aquella época era impensable que el hombre se dirigiese directamente a Dios, porque eso sería el fin del armazón de la institución religiosa. Es evidente que si la gente cree realmente en Jesús y su mensaje, se cerrarían las puertas del templo, los sacerdotes quedarían sin trabajo y crecerían las telarañas sobre los libros de la ley. Si se convence a las personas de que existe una gran distancia entre ellas y Dios, de que no pueden dirigirse a Dios sin pasar por la mediación de los sacerdotes, de que no pueden encontrarse con Dios en la plaza pública sino solo en el templo, de que deben ofrecer ofrendas, seguir rituales, etc, la distancia se hace abismal.

Jesús dice que todo esto es inútil, porque no se trata de que el hombre se oriente hacia Dios, sino que el hombre acoge a un Dios orientado hacia los hombres, de donde se deriva esa gran formulación de Mateo: Enmanuel, el Dios con nosotros. Dios no está ya alejado, con Jesús Dios no constituye ya la meta de la existencia de las personas. En la religión, Dios es la meta, todo lo que el hombre hace lo hace por Dios: rezar para que Dios lo tenga en cuenta, amar al prójimo para que Dios conceda un premio, toda la vida,

en definitiva, orientada hacia Dios. Con Jesús todo esto cambia, Dios no es ya la meta de la existencia, sino que se sitúa en el inicio; es él quien toma la iniciativa de envolver con su amor al hombre; Dios está con nosotros, y con él y como él se va hacia los demás. Ya no se ama más con las propias fuerzas; se ama con el amor de Dios y al igual que el amor de Dios.

Esta transformación del hombre que siente nacer dentro de sí el palpitar de la vida divina y que Jesús ha manifestado en gran plenitud, será considerada un peligro por parte de las autoridades religiosas. Cada vez que Jesús anuncia que se acerca el final de su vida afirma que es debido precisamente al hecho de ser el Hijo del hombre. El caso es que la institución religiosa – que debía dar a conocer a los hombres la voluntad de Dios (o sea, que cada hombre se convierte en hijo suyo) – considerará como una blasfemia merecedora de muerte la voluntad de Dios manifestada en Jesús. La institución religiosa, de hecho, tiene terror de la voluntad de Dios, temiendo perder su propia razón de ser.

Veamos ahora el significado de la actividad de este Hijo del hombre: Mt 20,17ss. “Mientras subía hacia Jerusalén, tomó aparte a los doce”. Cuando en los evangelios aparece el número 12, indica que la enseñanza tiene que ver principalmente con el grupo de seguidores que proviene de Israel, que suele ser el más testarudo e intransigente en su cerrazón, comparado con el procedente del mundo pagano que es siempre más receptivo. Estas interpretaciones que hacemos, ¿de dónde nacen? No son fruto de elucubraciones o de hipótesis fantasiosas. Son fruto de un atento análisis del texto. El mismo evangelista al escribir coloca en el mismo una serie de claves de lectura para que el lector las sepa interpretar. Esto es así porque en su origen los evangelios no fueron escritos para ser leídos por la gente, que era analfabeta en la mayoría de los casos. Fueron escritos por el teólogo de la comunidad, el literato, a fin de que el teólogo de la comunidad receptora del documento lo pudiese interpretar. Y para ello introducían claves de lectura, palabras y estilos que permitiesen comprender el significado de lo escrito.

En este pasaje, la clave de lectura es la expresión “aparte”. Cada vez que hallamos esta expresión en los evangelios significa que el episodio está rodeado de incompreensión o del rechazo de parte de los discípulos. Yendo de camino, Jesús les dice que suben a Jerusalén donde el Hijo del hombre será entregado en mano de los sumos sacerdotes y de los escribas que lo condenarán a muerte. La misma expresión “por el camino” es una llamada de atención. Ya había sido usada en la parábola de los cuatro terrenos que acogen la semilla: la que fue sembrada “por el camino” se la comieron en seguida los pájaros y el terreno permaneció árido. El mismo Jesús da la explicación afirmando que el sembrador siembra la palabra pero llega satanás y acaba con ella (Mt 13, 1-23).

En el evangelio, satanás es la imagen del poder. Por tanto, todos aquellos que en distinta medida están sometidos al poder, lo detentan o lo ambicionan son completamente refractarios y hostiles al mensaje de Jesús. Lo escuchan pero no lo entienden, lo miran pero no lo ven. Quien detenta el poder ve como una amenaza el mensaje de Jesús porque es un mensaje de servicio a los demás. Pero el grupo más trágico es el de los sometidos al poder, porque ven en Jesús una amenaza a la seguridad que la sumisión al poder les da a ellos. Todo el odio homicida de la institución religiosa, en este caso del Sinedrio, se dirige a la figura de Jesús no como Mesías, sino como Hijo

del hombre, o sea, el hombre que posee la condición divina. Esto resulta para ellos una blasfemia intolerable. En el evangelio de Juan leemos: no te lapidamos por haber transgredido el precepto del sábado, sino porque eres un hombre que te haces como Dios (Jn 10,33). Pero curiosamente que el hombre sea como Dios era el proyecto que Dios tenía al crear el mundo y es el proyecto que Jesús lleva a cabo en plenitud.

Así pues, el Sumo Sacerdote, que era considerado como la presencia de Dios en la tierra, no es que no reconozca a Dios cuando se manifiesta, lo reconoce en verdad, pero tiene miedo de perder su autoridad, poder y prestigio. Traiciona a Dios con tal de mantener su propio estatus: dicen las autoridades a Pilatos que no tienen otro rey fuera de César (Jn 19,15). Y deciden acabar con Jesús: “lo entregarán a los paganos para que lo flagelen y crucifiquen, pero él resucitará de entre los muertos”. Esta es la tercera y definitiva vez que Jesús anuncia su final, pero es la primera vez que indica de qué muerte morirá (cfr. Mt 16,21; Mt 17, 22-23). La muerte de Jesús ha sido decidida por los sumos sacerdotes y los escribas, gente sabia, conocedores de la Escritura, y son bien conscientes de que no es suficiente matar a Jesús, es necesaria una muerte infame que sea la prueba decisiva para el pueblo de que era un farsante que no procedía de Dios.

¿Qué muerte se le puede dar? La lapidación según el uso judío o la decapitación según la costumbre romana no bastan para difamarle del todo. Encuentran entonces la respuesta en el libro del Deuteronomio (Dt 23, 21-22): los condenados a ser clavados en una cruz, los crucificados son malditos de Dios. Escogen la crucifixión porque es la muerte reservada a los malditos según la Biblia, y la Biblia no se equivoca y tiene una autoridad plena a los ojos del pueblo. Ellos sabían que el Mesías no podía morir, por lo que Jesús no podía reivindicar semejante título para sí. El no era más que un brujo, un seductor y un farsante, castigado por Dios con la muerte más ignominiosa. Los doce no toman en consideración el anuncio de la resurrección, de esto no entienden nada. Y lo prueba el hecho de que antes aun de que Jesús termine de hablar, anunciando como está su muerte y resurrección, es interrumpido por una persona bien inoportuna, una persona que ha escuchado pero no ha comprendido, ha mirado pero no ha visto.

“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él para pedirle algo”. Pobres muchachos, acompañados por la madre de la mano. De las cuatro madres presentes en el evangelio de Mateo, la única que aparece sin nombre es ésta precisamente. Es una mujer que se ha despersonalizado, si bien aparece en varios momentos. No es presentada, como hubiera sido normal, como la mujer de Zebedeo; ella no es ya más una mujer, ni esposa, ella es solo la madre de los propios hijos. Es la madre que está dispuesta a todo por los hijos, una clase de madre realmente devastadora: toda su vida dirigida a los hijos, el marido solo le ha servido para engendrarlos. Dispuesta a todo pero en realidad será la ruina de ellos porque está poseída por la ambición.

No debemos dejarnos engañar por la actitud que adopta de postrarse ante Jesús. El evangelista nos está avisando de sus intenciones descarriadas, porque las personas que se postran desean dominar, las personas obsequiosas que parecen tan humildes son en realidad todo lo contrario. Bien, veremos cómo esta mujer desaparece definitivamente de la escena tras la crucifixión de Jesús. Lo ha seguido hasta entonces, pero una vez muerto desaparece y no será protagonista de la resurrección. Jesús le pregunta qué desea. Desea que sus hijos se sienten a la derecha y a la izquierda del maestro en el reino. Ella habla en nombre de “sus” hijos. Sobre el transfondo de la

ausencia del padre Zebedeo, ella está dispuesta a cualquier cosa. Pero hemos de recordar la parábola de la semilla que cae en el camino: vienen los pájaros, se la comen y el terreno permanece árido (Mt 13,4). Quien pertenece al mundo del poder o, como en este caso, lo ambiciona, es completamente sordo a la palabra de Jesús.

De hecho, aquí es el mismo Jesús quien nos habla, no un simple catequista. Ha hablado él, ha dicho palabras de gran alcance, pero ella... como si no hubiera comprendido nada. Acaba de decir que se dirige a Jerusalén donde habrá de enfrentarse a la muerte y ella interpreta las cosas a su manera, pensando solo en el prestigio de los suyos en el reino. Pero Jesús a lo largo de su enseñanza nunca ha hablado de un reino suyo. Él ha hablado del reino de Dios, del reino de los cielos, que no indica el más allá. Es una expresión hebrea para indicar siempre el Reino de Dios o el Reino del Padre. Aunque Jesús nunca se ha referido a un reino suyo, la ambición hace sordas y ciegas a las personas. Conforme al ritual de la monarquía de entonces, en el centro de la nación estaba el rey o el emperador, y a su derecha e izquierda se sentaban los ministros más importantes. Esta mujer, pues, solicita que sus hijos gocen de una posición privilegiada y tengan el futuro asegurado.

“Respondiendo, Jesús dijo: «no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» Le responden: «podemos beberlo»”. La petición ha sido hecha por la madre, pero la respuesta la dirige a los tres, es más, responde más bien a los dos discípulos. El cáliz era la imagen de la muerte como martirio. En otro pasaje del evangelio Jesús dice: hay un cáliz que debo beber y no veo la hora de hacerlo (cfr. Lc 12,50). Aquí se entiende lo que es la ambición, que hace sobrevalorar a las personas. Pero, de hecho, pese a la seguridad de que ahora hacen gala, cuando vean que se aproximan los guardias del templo escaparán y lo abandonarán a su suerte. Por eso Jesús anuncia que beberán su mismo cáliz, pero sentarse a su derecha o izquierda no toca a él concederlo, ya que es para aquellos para quienes lo ha dispuesto el Padre.

Después vendrá un largo proceso de conversión. De hecho, tanto Santiago como Juan hallarán la muerte como mártires, darán su vida para testimoniar la fe, pero solo el Padre conoce la madurez de las personas y sabe quiénes son los más cercanos a Jesús. Y ahora tiene lugar el incidente: “Los otros diez se indignaron contra los dos hermanos” al oír la recomendación que solicita su madre. El motivo no consiste en el hecho de quedar escandalizados ante la solicitud, se trata, en cambio, de que todos ellos ambicionaban los primeros puestos; era ésa la petición que cada uno de ellos deseaba hacer. Y así nos lo dice el evangelista un poco más adelante: “no entendían nada porque habían discutido entre ellos quién fuese el más importante” (Mc 9,34; Mt 18,1 y 4).

Mateo, que escribe a una comunidad de judíos, tiene siempre presente los elementos de la historia del pueblo. El hecho de que la mujer sea anónima y que se postre ante Jesús trae a la memoria de los lectores la otra gran anónima del evangelio de Mateo, la famosa Betsabea (la mujer de Urías). Ella fue quien se postró ante David para pedirle que dejara el trono a su hijo Salomón antes que al hijo legítimo del rey, Adonia. Y más tarde Adonia será asesinado por Salomón, convirtiéndose pues en objeto de un fratricidio.

El evangelista ha afirmado aquí que son doce, y ha dicho que están presentes Santiago y Juan, por ello no era necesario que dijera ahora expresamente “los otros diez”. Era suficiente con decir “los otros”. Pero el hecho de subrayar el número preciso

suscita el recuerdo inmediato de la gran tragedia sufrida por el pueblo de Israel. Tras la muerte del gran rey David, que había unificado las tribus otorgando al pueblo un esplendor sin precedentes ni parangón posterior, el trono lo había recibido Salomón, el intrigante hijo ilegítimo de Betsabea. Era un hombre de extrema ambición, poseído por la vanidad y la soberbia, quien por esta razón llegó a someter a trabajos forzados al pueblo entero. En efecto, a fin de satisfacer su manía desmesurada de grandeza, había mandado construir un palacio fabuloso a costa de la explotación sangrienta de todo el pueblo. Tanto es así que cuando muere, los ancianos del pueblo recriminan este trato recibido a su sucesor, su hijo Roboam, quejándose amargamente.

Para algunos tal vez puedan resultar imágenes desconcertantes y poco acordes con lo aprendido en el catecismo. Pero así era: Salomón era un dictador megalómano con aires de grandeza desenfrenados, y en la Biblia aparece la condena de su ambición porque encuentra la muerte más infame para un israelita: muere adorando otras divinidades por culpa de las mujeres paganas con las que había contraído matrimonio.

Los ancianos del pueblo solicitan, pues, a Roboam que se comporte mejor que su padre. Pero Roboam, engreído como su padre pero menos inteligente que éste, da una respuesta que a la larga sellará el trágico declive y final del reino de Israel. Dice: si mi padre os cargaba con un yugo ligero, yo os impondré uno mucho más pesado. Si él os golpeaba con el látigo, yo os azotaré (2 Cr 10, 6- 11). La diferencia es que los azotes se realizaban con un flagelo que arrancaba la carne. Por eso, varias tribus deciden abandonar a Roboam. Diez de las doce tribus, de hecho, se separan, quedando las tribus divididas en dos estados. Esto marcará el inicio de guerras fratricidas que debilitaron grandemente a la nación y la pusieron a merced de las potencias extranjeras que la engulleron fácilmente. Así pues, la referencia a los otros diez indica que cuando la ambición origina divisiones y rupturas en la comunidad, ésta va al encuentro de la muerte y de la dispersión.

Jesús entonces los llama a sí y les dice: «sabéis que los gobernantes de las naciones dominan sobre ellas y los grandes se adueñan de las mismas. No deberá ser así entre vosotros. Aquél que quiera ser grande entre vosotros será vuestro servidor. Y quien desee ser el primero entre vosotros habrá de ser esclavo de todos». Jesús no tiene una imagen demasiado positiva de los jefes. Para él, son aquellos que dominan y oprimen al pueblo. Hasta tres veces repite “entre vosotros”, indicando que dentro de la comunidad fundada por él no han de imitarse las estructuras existentes en la sociedad civil, donde hay dominadores y dominados, amor y siervos, donde la ambición es el motor para llegar cada vez más alto.

Si tenéis sueños de grandeza, sabed que la verdadera grandeza no significa elevarse sobre los demás, ser más que ellos, sino hacerse servidores (diáconos, escribe el evangelista) de forma libre y enteramente por amor. El término opuesto sería siervo: el siervo está obligado a servir porque tiene un dueño; el servidor es aquél que no tiene dueño, sino que libre y voluntariamente por amor se pone al servicio de los otros.

Jesús no excluye que en la comunidad pueda haber uno por encima del resto. El primero significa el más cercano a Jesús. La petición de la madre de los hijos de Zebedeo va en la línea de solicitar que sean los primeros. Jesús no rechaza esta posibilidad, siempre que se pongan al servicio de los demás. Además, es preciso subrayar una diferencia: si hacia dentro de la comunidad ha hablado de un servidor,

ahora cuando se refiere al exterior de la comunidad emplea la expresión “siervo” de los demás. Jesús acepta que haya personas más cercanas a él, pero la cercanía se determina no por el poder que ostentan, ni por el dominio que ejercen o los títulos que acaparan, ni por las insignias religiosas, sino por la capacidad de servir a los otros por amor, una capacidad que se asume libre y voluntariamente.

Y he aquí la espléndida formulación con la que Jesús cambia la imagen de Dios y clarifica la acción de este Hijo del hombre, atribuyéndose continuamente dicho título: “el Hijo del hombre (o sea, el hombre que tiene la condición divina, que se comporta y actúa como Dios) no ha venido para ser servido sino para servir y dar su vida en rescate por muchos”. Queda así desterrada la tipología religiosa conforme a la cual Dios había creado a los hombres para ser servido. En los catecismos antiguos se enseñaba que Dios era el creador, efectivamente, pero que había creado la humanidad para ser servido, es decir, un acto de egoísmo tremendo derivado de un deseo de ser servido. Esta es la imagen que transmite la religión.

En la religión los hombres están al servicio de Dios y han de ofrecerle dones. Con Jesús todo esto acaba. No son los hombres quienes deben servir a Dios, es Dios quien les sirve, concediendo una potencialidad enorme a nuestra vida. Él, el Señor, se pone a nuestro servicio en todas las situaciones de la existencia para que también nosotros seamos señores. De este modo, Jesús anula el culto entendido como ofrecimiento y servicio a Dios, que no es ya un dueño sino un padre, y un padre que ofrece al hijo todo aquello que le permite crecer y llegar a su mismo nivel.

Y la actividad, la función de Jesús como Hijo del hombre es dar su vida como rescate. Con esta expresión Jesús se remonta a la jurisdicción hebrea en términos de rescate: cuando en la guerra era capturado un individuo y vendido como esclavo, o cuando a causa de las deudas contraídas quedaba reducido a la esclavitud, el pariente más cercano (hermano, tío, etc) estaba obligado a pagar la suma del rescate para liberarlo de la esclavitud. Esta imagen es proyectada en Dios, era Él quien había librado a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Pues bien, la acción de Jesús, el Hijo del hombre, consiste en ponerse al servicio y dar su vida en rescate pagando un precio, entregando incluso su misma vida para librar a los hombres de la esclavitud. De aquí se deriva después la denominación Redentor, Liberador, Salvador.

Pero ¿de qué esclavitud nos ha salvado? Para comprenderlo debemos ver la evolución de la teología y adentrarnos en el pensamiento de Pablo, el fariseo fanático de la ley, el observante inflexible de todos los preceptos. Una vez que ha conocido a Jesús cambia radicalmente, tanto que en la carta a los Gálatas llega a escribir algo que a los oídos de los hebreos sonaba a blasfemia: Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley (Gal 3,13). Es algo tremendo: un hebreo fariseo afirma que aquello que era considerado el regalo divino por excelencia, o sea, la ley, y que debía garantizar las relaciones entre Dios y la humanidad, era en realidad una maldición. Si la ley es una maldición no puede provenir de Dios, fuente únicamente de bendiciones. Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley, convirtiéndose él mismo en objeto de maldición para nuestro beneficio.

Nos ha rescatado terminando crucificado con una muerte que la misma Biblia definía como la muerte de los malditos, según lo que estaba escrito. Este rescate realizado por Jesús hace posible que se lleve a cabo el proyecto de Dios hacia la

humanidad, que no puede alcanzar su culmen mientras exista la ley como instrumento que regula la relación entre Dios y el hombre. Es la ley la que ha inventado el pecado para inculcar en las personas el dominio, el sentimiento de culpa y de indignidad. ¿Cómo se podía descubrir el amor de Dios si continuamente nos sentíamos culpables, indignos, en pecado? Entonces Pablo dice: esta es la maldición.

No se pretende minimizar el sentido del pecado. Entendemos aquí el pecado como la transgresión a una regla. Cuando Jesús habla del pecado no lo minimiza, sino que lo sitúa en el terreno justo. Para él, el pecado no tiene que ver con las actitudes que el hombre adopta en relación a Dios, no se trata de violar un mandamiento o una regla, sino que consiste en las actitudes malvadas con las que se hace daño a los otros.

En la lista que presenta Jesús de los doce comportamientos que son considerados pecaminosos (Mc 7,22), o sea, que hacen al hombre impuro, ninguno tiene que ver con Dios, el culto o las normas religiosas en general. Todo se refiere al mal que hace concretamente a los demás. Entonces Pablo dice: Cristo nos ha rescatado de la maldición de la ley. Aquella que era considerada un don de Dios era en realidad una maldición, porque la ley impedía descubrir el proyecto de Dios sobre la humanidad. Cuando llegó la plenitud de los tiempos Dios envió a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a aquellos que estaban bajo la ley y para que recibiéramos la adopción como Hijos (Gal 4,5): he aquí la realización del proyecto de Dios hacia la humanidad que la ley obstaculizaba haciendo al hombre sentirse indigno y alejado.

En el libro de Job (Jb 25,6) hallamos una expresión tremenda cuando habla del hombre como un gusano. Entonces, ¿cómo se podía pensar que éramos hijos de Dios cuando los hombres eran considerados gusanos? En ese caso, Dios sería el ¡“gran gusano”! La ley impedía comprender el proyecto de Dios, la grandeza de ser sus hijos. La liberación de la misma hacía posible recibir la adopción como hijos. En muchas religiones encontramos a un Dios disgustado con su creación, un Dios que mira a la humanidad de forma poco placentera, con ojos hinchados de ira. Con Jesús cambian las cosas; el Padre se enamora de la humanidad, a él no le basta que los hombres disfruten de la vida que tienen, desea regalarles la suya propia, elevándoles a la condición divina.

Pero, sobre todo, es un Dios que tiene tanta estima hacia los seres humanos que desea invitarles a colaborar en su obra creadora. El mundo no ha sido creado ya del todo de forma definitiva, está aun en vías de creación, y el Padre necesita nuestra colaboración: esto es recibir la adopción como Hijos de Dios. La referencia a la adopción, así pues, no tiene que ver con el gesto de acoger a un niño en el seno de una familia por amor. Aquí se está hablando de la adopción de cara a la sucesión en el poder que realizaban los poderosos en aquellos tiempos: cuando un rey intuía que se acercaba el fin de sus días no dejaba su imperio a un hijo suyo biológico, sino que escogía a uno de sus oficiales o generales que tuviera sus mismas capacidades para llevar adelante el imperio.

Por consiguiente, adoptar como hijo significaba un sentimiento de profunda estima y aprecio, asumiendo que esa persona continuaría la obra emprendida. Es, pues, un Dios enamorado del hombre hasta el punto de necesitar su colaboración para con él y como él llevar adelante la obra de la creación del mundo. Esta acción creadora es tan importante que se introduce hasta el fondo en la vida de los hombres y no termina con la muerte. Cuando se pasa a la vida definitiva, aquella que no tiene fin, dejamos de lado

todas las cosas, nos vamos con las manos vacías, excepto con nuestra acción creadora, que seguirá por siempre. Éste es el alcance enorme del título Hijo del hombre al que todos estamos llamados.

Hemos examinado algunos de los títulos con los que Jesús es presentado en los Evangelios y hemos visto que la elección de los evangelistas es quitar todos los aspectos de violencia de la figura de Dios. El último verso del prólogo de Juan es una invitación a centrar la atención en Jesús porque a Dios no lo hemos visto nunca: fijándonos en Jesús, comprendemos quién es Dios. Pero, ¿por qué la figura de Dios debe infundir temor? La institución religiosa sabe que aquello que presenta como voluntad divina es, en realidad, una ley falsa que va contra la lógica, el raciocinio, la inteligencia. Cuando a las personas se les presenta una buena noticia no son necesarias amenazas de ningún tipo. La gente la acoge con placer. Es lo que Jesús hará. Él es consciente de que su mensaje que proviene de Dios es la plena respuesta al deseo de plenitud de vida que tiene todo hombre. En todos existe un origen divino, y por ello no hay necesidad de amenazas, presiones y, mucho menos, miedo.

La religión, por el contrario, sabe que sus leyes y prescripciones no son explicables. Algunas van contra la razón. Por eso, se hacía uso de amenazas para no trasgredir las normas: en el capítulo 28 del libro del Deuteronomio encontramos al principio 15 versos que describen las bendiciones que recibe quien pone en práctica la ley y los mandamientos. Pero después hallamos hasta 54 maldiciones para quien no lo haga. He aquí algunas: el terror, la peste, la muerte, la fiebre, la úlcera, las hemorroides incurables, etc.

En el primer libro de Samuel (1 Sam 5,6) se dice que los Filisteos se habían apoderado del arca del Señor. Se dice entonces que la mano del Señor se abatió sobre los habitantes de Azod, llevó la destrucción entre ellos y los golpeó con hemorroides, causando pánico y dolencias enormes, tanto que sus gritos de dolor subían al cielo. Este episodio debió resultar tan impresionante que incluso es cantado en un Salmo (Sal 78,66): hirió a sus enemigos en sus espaldas y los cubrió de vergüenza eterna. Volviendo al capítulo 28 del Deuteronomio, la lista de las maldiciones continúa, pero el autor de este texto teme haberse olvidado de apuntar algo y, por tanto, añade: y también las numerosas enfermedades y plagas no mencionados en este libro el Señor las hará descender sobre ti: quedaréis pocos en pie, volveréis a Egipto, la tierra de la esclavitud y allí os ofreceréis para ser comprados por vuestros enemigos como esclavos y esclavas, pero no habrá quien quiera adquirirlos.

La lectura de una página como ésta nos produce hilaridad a nosotros, pero creo que lo mismo sucederá dentro de unos siglos respecto a nosotros: se reirán de lo que nosotros creemos y de lo que a nosotros nos parece normal. En una palabra, la ley era impuesta por medio del terror, que era el modo de someter a las personas. De ahí el miedo a Dios que tenemos todos en el DNA: de Dios hay que tener miedo, de lo contrario ¿de qué clase de Dios se trata? Pero el Dios de Jesús no dice nada de todo esto. Su esfuerzo continuo será eliminar del rostro y de la acción de Dios todo aspecto que infunda temor.

Veamos ahora unos cuantos animales con los que el Señor se manifiesta y se presenta: el borriquito, el cordero, la paloma y la gallina.

Sexto nombre: LA BORRIQUITA (Mt 21, 1-14)

“Cuando se acercaron a Jerusalén, al pasar por Betfage, al borde del Monte de los Olivos, dijo a sus discípulos: «id al poblado y en seguida hallaréis una borriquita atada y también un pollino; desatadlos y traedlos a mí...»”. Jesús se dispone a entrar en Jerusalén. Recordamos una vez más que el Evangelio no es crónica sino teología, es transmisión de una enseñanza que tiene que ver con la fe, no con la historia. Por eso, no importa que literariamente el relato haga aguas por todas partes, se trata de un mensaje de gran actualidad.

Veamos las claves de lectura que nos pone el mismo evangelista. Se habla de un poblado. Cuando en los evangelios aparece este término sin artículo determinado, quiere decir que estamos ante una coyuntura de incompreensión y rechazo del mensaje de Jesús. El pueblo es símbolo de la tradición, es el lugar donde las raíces de la religión son tan profundas que resulta imposible cuestionarlas. Es enemigo de la novedad, todo lo nuevo es visto con sospecha. Siempre se ha venido haciendo de un modo determinado, ¿por qué cambiar ahora?

Por tanto, con esta expresión el evangelista hace comprender que existe resistencia e incompreensión hacia la acción de Jesús. La referencia al asno y al burrito tiene que ver con el libro del Génesis, cuando Jacob bendice a sus doce hijos, los patriarcas y jercarcas de las 12 tribus de Israel. Hablando del más importante de ellos, Juda, que estaba representado por la imagen del rey de la selva, el león, se dice: la bendición no se alejará del cetro de Juda ni del bastón de mando de sus pies, hasta que venga aquél a quien él mismo pertenece y a quien es debida la obediencia de los pueblos. Él ata entonces su asno y su pollino (Gn 49,11). Quiere decirnos, pues, que él es el propietario de los mismos, que ha llegado finalmente el dueño del cetro del pueblo de Israel. La invitación a desatar ambas bestias significa que se realiza la profecía.

“Y si alguien os dice algo, responded: «el Señor los necesita, pero los devolverá en seguida»”. Es ésta la primera vez que Jesús refiere a sí mismo el título de Señor, que era la traducción del nombre de Dios. Sabemos que este nombre era entonces impronunciabile. De un modo aproximado nosotros decimos “Yahvé”, pero se desconoce con precisión cómo se pronunciaba. Cuando la Biblia fue traducida del hebreo al griego, el nombre de Dios fue traducido con el vocablo Kyrios, Señor, título que se ganó Dios al liberar a su pueblo de la esclavitud.

Jesús, pues, reivindica para sí el nombre de Dios, aquél que libera al pueblo. En este gesto el evangelista ve la confirmación de una profecía que había sido censurada por la tradición religiosa, ya que no convenía a sus intereses: recordad cuanto dijimos sobre las palabras de Jesús en la sinagoga de Nazaret cuando habla de amor y de paz en vez de venganza..., entonces todos los presentes se llenaron de ira contra él porque esperaban otro tipo bien distinto de mesías, que destruiría a los paganos.

Pues bien, había otra profecía también que era pasada por alto y a la que el evangelista está señalando aquí. Él ve ejemplificada la liberación en el comportamiento de Jesús que desata el asno y el borriquito. Esto sucedió para que se cumpliera la

palabra del profeta (Zacarías): decid a la hija de Sión, tu rey viene a ti, humilde, sentado en un asno con un borriquito, hijo de Asna (Zac 9,9). El evangelista en esta ocasión toma libremente la profecía de Zacarías, modificando aquellos aspectos de la misma que no están acordes con la figura de Jesús. En la profecía se decía: exulta y alégrate hija de Sión, pero el evangelista escribe simplemente: decid a la hija de Sión... La hija de Sión es Jerusalén y no está la cosa para muchas exultaciones. Jerusalén, en este Evangelio, aparece desde el inicio encubierta por una luz tétrica, siniestra.

Jerusalén es el símbolo de la institución religiosa, refractaria y cerrada a la acción de Dios, la ciudad asesina que desde siempre asesina a los profetas enviados en nombre de Dios. Por eso, cuando en este evangelio se da el anuncio del nacimiento del rey de los judíos, el rey (Herodes) se turba (hasta aquí se comprende), pero se añade..., y con él se turbó toda Jerusalén (Mt 2,3). Parece contradictorio: ante el anuncio de que finalmente llega el mesías largamente esperado surge la desolación. Parece que el esperado no era, al fin y al cabo, tan esperado. Era esperado en la medida que dicha espera se limitaba a algo teórico, pero cuando tiene lugar su llegada acontece un terremoto en Jerusalén, porque en ella se adora a un Dios que es en definitiva una idolatría, ya que coincide con el poder y el dinero.

Esta es la razón por la que el evangelista elimina el término “exulta”, porque Jerusalén tiene pocos motivos para alegrarse. Desaparece asimismo el término “victorioso”, porque Jesús no se muestra victorioso. En cambio, lo que toma de Zacarías es: he aquí que viene a ti el rey sentado sobre un asno. Jesús, para entrar en Jerusalén, no ha elegido la cabalgadura real, que era la mula, o la de los príncipes y caudillos que era el caballo, sino la normal de las personas comunes. No entra de forma fulgurante, llamativa, sino con una borriquita y su pollino recién parido. Es ésta una imagen de gran dulzura y mansedumbre. Con este gesto desea eliminar las aristas violentas de la profecía, pues el mesías no viene blandiendo armas como un conquistador, sino que se presenta ofreciendo una propuesta de vida.

“Los discípulos fueron, pues, e hicieron cuanto Jesús les había ordenado. Condujeron el asno y el pollino y colocaron sobre ellos sus mantos. Y Jesús se sentó sobre ellos. Pero la muchedumbre, enorme, extendió sus mantos por el camino”. Encontramos aquí toda una serie de acciones simbólicas que han de ser comprendidas a la luz de la cultura de la época. Los discípulos están de acuerdo con Jesús, lo aceptan como Mesías de paz, y por eso colocan sus mantos sobre las bestias de carga. El manto indicaba a la persona misma, que da su plena adhesión a Jesús, así pues.

Así pues, Jesús entra en Jerusalén de la forma más sencilla posible, rodeado por sus discípulos que secundan su forma de hacer. Pero la reacción de la gente va por otros derroteros. Conocemos bien las tentaciones de Jesús en el desierto, que no son un enfrentamiento contra satanás sin más. Los 40 días indican toda la existencia de una persona: a lo largo de toda su existencia, Jesús ha sido tentado y seducido para aferrar el poder, hasta el mismo final de sus días. Esta tentación continúa ahora con la actitud de la muchedumbre.

Los discípulos han tomado sus mantos y los han colocado en el asno manifestando así su adhesión y disponibilidad a aceptar un mesías de paz. Pero la multitud no está por la labor. Ellos desean un mesías violento al que están dispuestos a someterse. Por eso depositan en el suelo sus mantos. Colocar el manto, que indicaba en

realidad a la persona misma, y dejarlo pisotear por el rey y su caballo, significaba aceptar quedar sometidos al mismo. Así se solía hacer en la entronización de un nuevo soberano. Y es esto precisamente lo que quiere el pueblo: el pueblo no quiere la libertad, quiere ser dominado, sometido, a cambio de su seguridad. Recordemos los obstáculos que hubo de afrontar Moisés para liberar al pueblo de Egipto. Los hebreos no tenían ninguna intención de salir de Egipto y varias veces se volvieron contra Moisés lamentándose por haber emprendido una marcha complicada, cuando atrás en su tierra de Egipto no carecían de nada... ¡excepto de libertad! (cfr Ex 14,11-12). Los discípulos comprenden esas palabras, pero la multitud extiende sus mantos por el suelo.

“...mientras que otros cortaban ramas de los árboles y las extendían por tierra”. La tradición sostenía que el Mesías, cuya identidad nadie conocería, se revelaría durante una fiesta, tan importante que no era necesario siquiera nombrarla. Era suficiente decir “la fiesta” con el artículo determinado y se sabía cuál era. Era más importante incluso que la Pascua: era la fiesta de las Tiendas, que tenía lugar entre septiembre y octubre, tiempo durante el cual todos los hebreos estaban invitados a alojarse en tiendas hechas con ramas de árboles durante una semana, en recuerdo de la liberación de Egipto cuando el pueblo vivió durante 40 años en tiendas de campaña en el desierto. Era su firme creencia que durante esta fiesta se manifestaría su nueva liberación.

Es esto lo que desea la multitud. Se somete a él mostrando su apego hacia un Mesías poderoso, aceptando su dominio sobre las propias vidas, y deseando que se manifieste como el Mesías de las Tiendas. De este modo, la multitud no hace sino renovar las tentaciones de satanás, seducciones sería más correcto decir. Tentación indica una invitación a hacer el mal. Pero satanás no se presenta a Jesús como un rival que lo tienta en ese sentido, sino como su colaborador en el buen desarrollo de su programa, con la única salvedad de que le invita a usar las armas del poder. Jesús, rechazándolo, optará por la línea del amor y del servicio.

Y Jesús es tomado prisionero, de algún modo. Ahora no es Jesús quien determina el camino a seguir, sino que igual que satanás lo tomó consigo en el desierto y conduciéndolo hasta la ciudad santa le invitó a hacer conforme a lo que la gente esperaba, así ahora es la multitud la que lo tiene preso. Y la muchedumbre que lo precedía y seguía gritaba: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en lo alto del cielo». Jesús es apresado, llevado en medio de unos y otros a la fuerza: delante de él hay un grupo que decide el camino a seguir, y detrás otro grupo le sigue, de forma que Jesús no tiene espacio para elegir. Es la muchedumbre la que determina lo que Jesús debe ser. He aquí el equívoco de los habitantes de Jerusalén que le acabará costando bien caro.

A Jesús, para quien las horas ya están contadas, le cantan el salmo 118, que se cantaba con ocasión de la fiesta de las cabañas o de las tiendas. Usan la expresión hebrea Hosanna (vamos, sálvanos), pero ¿a quién la dirigen?...: la dirigen al Hijo de David. Recordaréis que el episodio de Santiago y Juan es muy significativo en este sentido: la madre de ambos solicita a Jesús que les sea reservado el lugar más destacado. Entonces el evangelista dice que Jesús encuentra a dos ciegos en Jericó (Mt 20, 29-34). Estos ciegos son la representación de estos dos discípulos que tienen oídos para oír pero no oyen (Jesús por tres veces les había anunciado que sería asesinado en Jerusalén), y ellos escuchan pero no entienden, solicitando para sí los lugares más importantes.

Tienen ojos pero no ven, por eso el evangelista los presenta como dos ciegos. Y ¿cómo se presentan los ciegos a Jesús? Recordad: ten piedad de nosotros, hijo de David.

He aquí el equívoco: Jesús es considerado hijo de David. En la cultura hebrea ser hijo de alguien no indica solo la procedencia, sino la semejanza en todo al padre, la unicidad de comportamiento. El reino de la casa de David y el reino del norte se habían separado, ambos reinos se ven envueltos en una guerra que tiene consecuencias desastrosas: a consecuencia del conflicto se produce la ocupación permanente del pueblo y nace así en el corazón de la gente la esperanza de un Mesías poderoso como David. David era un personaje siniestro, había eliminado sistemáticamente a todos aquellos que podían suponer un obstáculo para sus ambiciones de poder. La figura de David resulta desconcertante, era sinónimo de devastación y muerte. Él mismo hizo limpiar su imagen mediante historiadores aduladores y complacientes, procurando borrar las huellas de su despiadada fiereza, pero estos rastros han permanecido en las páginas bíblicas (1 Sam 18,27). Así era David: sus manos estaban manchadas de sangre. Tanto es así que cuando se propuso construir el templo del Señor, el Señor envió al profeta para decirle: no, tus manos están llenas de sangre y no me construirás ningún templo (1 Cr 22,7-8). Pero en la expectativa del pueblo este rey, que había conseguido reunir las doce tribus y había inaugurado el reino de Israel, él era el ideal del mesías.

Entonces, la multitud que ha capturado a Jesús lo aclama diciendo: sálvanos, hijo de David. Esto es lo que la gente desea: un mesías caudillo que mediante la violencia ilimitada conquiste el poder. Se nos dice ahora que una vez que entra en Jerusalén toda la ciudad se sobresalta, preguntándose ¿quién es éste? El verbo empleado por el evangelista para indicar el sobresalto es el mismo del que se deriva la palabra “sisma”, terremoto. La entrada de Jesús en Jerusalén produce una alteración enorme. Aquí se ponen de manifiesto el desprecio y el temor que les invade. Los habitantes de la ciudad no van al encuentro de Jesús: sufren, de algún modo, esta entrada del mesías hijo de David llevada en volandas por la muchedumbre. La ciudad es escenario de una sacudida porque sabe que se acerca el final de su predominio, de su privilegio. En este evangelio, de hecho, Jerusalén siempre es presentada bajo una luz siniestra. La estrella de los magos nunca brillará sobre ella, Jesús resucitado no se aparecerá dentro de ella, porque es una ciudad de muerte e incompatible con la vida. Para encontrar al resucitado será preciso salir de ella, ya que la capa de la institución religiosa solo cobija muerte.

“Y la muchedumbre decía: «éste es el profeta, Jesús, el de Nazaret de Galilea»”. En aquél tiempo, la denominación Galileo no indicaba solo un lugar de procedencia, sino que era sinónimo de revolucionario. Flavio Josefo, un historiador de la época, dice que los galileos son belicosos desde pequeños. Y hubo, de hecho, un precedente, el de Judas el Galileo, considerado el Mesías. Es esto lo que se esperan: un reformador violento, el Mesías, hijo de David, el Mesías del templo, un vencedor (y por eso lo acogen con el grito de Hosanna al hijo de David), pero Jesús se aleja de estos estereotipos y la acción que lleva a cabo prejuzga su existencia. Esas mismas personas que lo aclaman en pocos días cambiarán su grito para pedir que lo crucifiquen: al percatarse de que no es el mesías que esperaban, de la exaltación pasan al odio.

“Jesús entró en el templo y expulsó a todos aquellos que vendían y compraban”. Recordad a satanás cuando condujo a Jesús al templo. Pretendía que Jesús proclamara aquello que la gente deseaba oír, lo que se esperaban de él, de modo que todos se pusieran a sus pies. Pero Jesús hizo exactamente lo contrario: despidió a todos, se alejó

de ellos. Jesús no se presenta como un reformador de la institución religiosa, ni es un profeta que haya venido a renovar el mundo de la religión. Jesús se ha puesto al margen de la religión, denunciando que el entramado religioso puesto en pie por los hombres para alcanzar la comunión con Dios, en realidad se había vuelto en contra de ellos como el máximo obstáculo que impedía dicho encuentro. Los profetas habían anunciado la purificación del templo, pero Jesús no viene a purificar, sino a eliminar el templo. Se suele hablar del episodio de la “expulsión de los mercaderes del templo”, pero pensándolo bien este modo de hablar no es exacto, porque también los compradores fueron expulsados. Jesús presenta un Dios completamente diferente, un Dios que sirve y no quiere ser servido, un Dios que se ofrece a los hombres y al que no es necesario llevar ningún tipo de ofrendas.

El templo, en cambio, era el lugar de esta sumisión a Dios, el espacio sagrado al que todo hebreo tenía que ir obligatoriamente cada año a llevar sus ofrendas al Señor. Pero con el Padre de Jesús ya no hay necesidad de ofrecer nada a Dios porque es Dios quien ahora se ofrece a los hombres. “Derribó las mesas de los que cambiaban el dinero y los bancos de los vendedores de palomas”. El templo se había convertido en una oficina de cambio. Y el evangelista usa un término particular que aparece solo dos veces en el evangelio de Mateo: el término cátedra. Es el mismo vocablo empleado en Mt 23,2 en la acusación que Jesús hará a escribas y fariseos: en la cátedra de Moisés se han sentado (de ella se han apoderado) los escribas. La cátedra indica el espacio donde tiene lugar la enseñanza. Con esta acción profética Jesús tira por tierra no solo las mesas y sillas, sino sobre todo la enseñanza religiosa que había sido inculcada a la gente, en virtud de la cual la gente tenía que desprenderse de todo para ofrecerlo a Dios.

Creo, en esta línea, que uno de los episodios menos conocidos y peor interpretados del evangelio es aquél que se refiere al óbolo de la viuda indigente (cfr. Mc 12,42ss), que a menudo es leído como un elogio vertido por Jesús hacia aquella mujer que ha dado al Señor todo cuando poseía para vivir. Pero Jesús no elogia a la pobre viuda. La ley prescribía que con los ingresos del templo debían ser mantenidas los grupos sociales más pobres y marginados, que estaban representados simbólicamente por las viudas y por los huérfanos, o sea, aquellas personas que no tienen un hombre que las pueda mantener. Los escribas, por el contrario, con la excusa de hacer largas oraciones, devoraban las cantidades que pertenecían a las viudas. Habían transformado la ley: era ahora la viuda la que tenía que mantener al templo, convertido en una divinidad vampiro que sangraba a las personas. Y Jesús no tolera esta inversión de significado: le da la vuelta a todo, pero su reproche se dirige solo a los vendedores de palomas, asegurando que su casa será llamada casa de oración, mientras que ellos la habían convertido en una cueva de ladrones.

El reproche es dirigido a los vendedores de palomas por dos motivos: - la paloma era un animal de poco precio, que estaba prescrito para las ofrendas de los más pobres, y Jesús no acepta que estos sean explotados en nombre de Dios, prostituyendo de ese modo su nombre; - además, la paloma, imagen del espíritu de Dios que aleteaba sobre las aguas en la creación primera, simbolizaba precisamente el amor de Dios, y el amor de Dios no se vende, con él no se puede hacer comercio.

El efecto de la acción de Jesús, que no purifica el templo sino que elimina el trasiego comercial que existía en su interior, es que se le acercan ciegos y sordos y los cura. ¿Por qué se nos habla de ciegos y tullidos? Es lógico: porque ellos no podían

entrar en el templo. Con Jesús ha terminado la separación de un mundo reservado a personas especiales, personas meritorias. Con él, la acción se dirige a toda la humanidad en su conjunto. Finalmente, todos los marginados pueden ya acercarse a Dios. Con Jesús, Dios no se encuentra ya en el templo, sino que junto a su comunidad, Dios es un santuario viviente que camina y va al encuentro de todas las personas sin excepción.

Séptimo nombre: EL CORDERO (Jn 1,29-34)

Cuando Juan el Bautista ve que Jesús se acerca a él exclama: he aquí el cordero de Dios, aquél que quita el pecado del mundo. Es una invitación precisa a observar con detenimiento la figura de Jesús. En todo su evangelio, Juan habla de Jesús como el cordero de Dios. Sabemos que en la tradición litúrgica, en la misa antes de la comunión, decimos **los pecados** del mundo (en la versión italiana). Pero aquí hay un grave error. El uso del plural hace pensar en un cordero que es sacrificado para expiar las culpas de los hombres.

Sin embargo Juan en todo su evangelio se refiere siempre al cordero de la noche pascual, y Jesús es presentado como el mismo. Moisés había dado órdenes para que cada familia se procurara un cordero la noche del éxodo, de la salida de Egipto, y lo degollase, sin quebrarle ningún hueso. Con un ramo de hisopo bañado en la sangre, mandó asperjar los dinteles de las casas en las que habitaban, de modo que el ángel exterminador pasara de largo (cfr. Ex 12,22ss). Estaban a punto de comenzar un camino de liberación a través del desierto y, por consiguiente, tenían que alimentarse con algo sustancioso; el cordero de Dios era el animal cuya carne daba la fuerza para iniciar el camino hacia la liberación, y cuya sangre liberaría al pueblo de la muerte.

Pues bien, el evangelista toma esta imagen y con la muerte del cordero se refiere a Jesús que es asesinado en la misma hora en que los corderos de la pascua eran sacrificados en el templo. En el mismo Evangelio de Juan (19,33), cuando se nos dice que rompen las piernas a los condenados crucificados a su derecha e izquierda, se afirma expresamente que no rompieron las piernas de Jesús para respetar la orden de Moisés.

Hay un episodio desconcertante en la narración de la muerte de Jesús, que a veces ha sido traducido de forma calamitosa. Jesús dice: “tengo sed”. Jesús, hasta el final, se propone a sí mismo como ofrecimiento de amor. ¿Cómo se le puede negar el agua a un agonizante? La respuesta que dan a su petición angustiada rebosa odio. Había allí un recipiente lleno de vinagre: empaparon una esponja en él y, fijado a un hisopo, se lo dieron (Jn 19,28-29). Es un acto imposible de por sí, el ramito de hisopo no tiene fuerza para sostener una esponja empapada de vinagre. Tanto es así que los traductores a veces cambian hisopo por caña. Pero el evangelista no está dando un detalle histórico, sino teológico. Juan ve en Jesús al cordero de Dios cuya carne dará a los hombres la capacidad de iniciar el camino hacia la libertad plena, y quiere manifestar la asimilación a la experiencia de Jesús: su sangre no libraré simplemente de la muerte terrena, sino de la muerte para siempre.

Jesús nos asegura que aquél que le sigue no morirá nunca. Nosotros, erróneamente, oponemos la vida a la muerte. Pero nos equivocamos. Es el nacimiento lo que se opone a la muerte, pero ambos son aspectos de la vida. Hay una vida que tiene inicio con el nacimiento, si bien ninguno de nosotros querría nacer, porque dentro de la madre se está bien, nos sentimos protegidos. Pero si queremos seguir viviendo, tenemos que salir fuera del vientre materno, y esto supone una salida traumática. Pero solo saliendo al exterior se revela plenamente el amor del padre y de la madre.

Pues bien, llega un momento de la existencia en el que si queremos seguir viviendo, hemos de nacer de nuevo, necesitamos un nuevo nacimiento. Y solo por medio de la muerte, que los antiguos llamaban el día del nacimiento, se puede renacer definitivamente. Ese Dios que ahora conocemos en fragmentos se nos revelará en su plenitud. En este sentido Jesús es el cordero de Dios: su carne, asimilada, nos concede la fuerza para caminar hacia la liberación de la creación, hacia el Padre, y su sangre nos libera definitivamente de la muerte.

Por tanto, el cordero no es el animal sacrificado por las culpas de los seres humanos. En el ritual hebreo, los animales que eran aptos para el sacrificio de los pecados eran la cabra, la paloma la tórtola, pero no el cordero. El cordero de Dios es el cordero del éxodo. De ahí se deduce que la idea de presentar a Jesús Crucificado como el cordero que ha muerto por nuestros pecados es errada. Por muy grandes que puedan ser, no parece razonable decir que Jesús haya muerto por mis pecados. Aquí el evangelista no quiere decirnos que Jesús **quita los pecados del mundo**, sino **el pecado que hay en el mundo**.

En realidad, hay un único pecado que precede a la venida de Jesús, y Jesús no ha venido a expiar este pecado o a cargarlo sobre sus espaldas: ha venido a eliminarlo, a extirparlo de raíz. ¿Cuál es el pecado del mundo? Es el rechazo a la vida que Dios comunica a los hombres, frustrando el proyecto del creador hacia la humanidad. Estando el deseo de plenitud inscrito dentro de cada hombre, este pecado le hace violencia, reprimiendo su instinto vital más genuino. Por tanto, el pecado del mundo es una fuerza negativa que impide al hombre conocer el proyecto que Dios tiene sobre él. En este evangelio, la tragedia es que el pecado del mundo será identificado con la institución religiosa. Es la institución religiosa la que impide que los hombres descubran el proyecto que Dios tiene hacia ellos.

Si las personas acogen el mensaje de Jesús, ese mismo hecho representa el fin de la institución religiosa. He aquí por qué con tintes dramáticos el evangelista dice: éste es el cordero de Dios que quita... Este verbo *aireo* reaparecerá en el momento de la condena de Jesús cuando Pilatos dirá a los jefes de la institución religiosa: “¿he de crucificar a vuestro rey?” Y ellos gritarán en respuesta: “*airon, airon*” (crucificalo: Jn 19,15). Se trata del mismo verbo. Jesús, el cordero de Dios que quita los pecados del mundo, en el momento de la condena él mismo será quitado del mundo por parte de los cómplices del mismo. Así pues, el pecado del mundo es todo aquello que impide al hombre responder al proyecto de Dios, y la principal imputada aquí es precisamente la institución religiosa. Jesús nos dice también el modo como este pecado es eliminado: “Éste es aquél del que yo dije: «Detrás de mí viene un hombre que me ha precedido, porque existía antes que yo». Yo no lo conocía, pero yo he venido a bautizar con agua para que él sea manifestado a Israel”.

En el prólogo de Juan, el evangelista escribe: vino un hombre enviado por Dios para ser testigo de esta luz (Jn 1, 6-7). Cuando Dios ha de elegir a los enviados para realizar su proyecto, evita minuciosamente lugares y personas que pertenezcan al sistema religioso. Podía haber elegido a un Sumo Sacerdote para anunciar la venida del Hijo, uno de los fieles fariseos tan devotos. Pero no lo hace. Para anunciar un proyecto de vida no podía elegir personas religiosas porque éstas sofocan la vida dentro de sí. La religión hace a las personas deshumanas, por lo que era precisa la presencia de una persona realmente humana. Vino un hombre mandado por Dios, y era Juan (Jn 1,6). Decía que había venido a bautizar con agua, un rito que implicaba un cambio de vida. Vino a preparar el pueblo para el encuentro con Jesús.

Octavo nombre: LA PALOMA (Jn 1,32)

He visto al espíritu descender como una paloma desde el cielo y posarse sobre él. He aquí otra imagen con la que Jesús es identificado: la paloma. Estamos en el momento del bautismo. Conviene aquí notar la sutileza de los evangelistas: en el momento del bautismo desciende el espíritu sobre Jesús. El artículo determinado indica la totalidad. El espíritu es la fuerza, la energía divina, todo aquello que Dios tiene. Por tanto, en el momento del bautismo es Dios mismo quien desciende sobre Jesús, sobre él se derrama toda su potencia y fuerza de amor. Pero la acción de Jesús será la de bautizar no en espíritu sino en Espíritu Santo. Más tarde lo veremos con más detenimiento.

¿Por qué es representado el espíritu con la imagen de la paloma? Ya lo hemos mencionado antes. La paloma era la figura del espíritu que aleteaba sobre la creación de Dios. Todos los evangelistas ven en Jesús la realización plena de la creación de Dios con respecto a la humanidad. Jesús es el verdadero hombre creado por Dios, él es la realización perfecta de la obra creadora. Hay un proverbio palestino muy hermoso que nos hace comprender el significado de la imagen del espíritu como paloma: como una paloma ama a sus polluelos.

La paloma es un animal que nunca cambia su nido. Se dejará matar si es necesario, pero nunca irá a ningún lado dejando el nido. Siempre vuelve allí, por mucho que le ofrezcamos un nido más espacioso, aireado, limpio, etc. Por ello, la venida del espíritu como paloma indica que el nido, la morada del espíritu, es Jesús. El Espíritu desciende a su morada y en ella permanece. Es la fuerza de Dios que permanece con Jesús. En él, Dios se manifiesta a los hombres. El espíritu desciende sobre muchas personas, pero no permanece porque no encuentra acogida. ¿Cómo hacer para que esta presencia del espíritu perdure en las personas y no sea momentánea o pasajera?: dejarse ocupar, dejarse invadir por él.

Aquí el evangelista está hablando en términos espaciales según la cosmología y la concepción de aquella época en la que Dios se hallaba en lo más alto, por lo que el espíritu había de descender. Hoy de forma más apropiada diremos que el espíritu no debe descender de lo alto. La plenitud del espíritu de Dios, el mismo que inundó a Jesús y nos inunda a cada uno de nosotros debe solo salir desde lo más profundo de nuestra existencia. Solo espera ser liberado de tantos obstáculos que le impiden salir. No se trata, pues, de alzar las manos solicitando ser llenados del espíritu, sino de bajarlas,

remangarnos las mangas y servir a los demás. En la medida en que se abajan las manos para servir al prójimo se siente al espíritu que brota con fuerza dentro de la persona. El evangelista explica cómo Jesús elimina el pecado del mundo. La frase paralela es: aquél que quita el pecado del mundo es el que bautiza en el Espíritu Santo.

El pecado es muerte, el Espíritu es vida. Jesús no combate contra este pecado, él no hace sino expandir la vida: la luz resplandece en las tinieblas (Jn 1,5). La acción del creyente no es entablar una lucha contra la oscuridad o el pecado. La luz no lucha, se expande. Cuanto más se extiende, en mayor medida desaparecen las sombras. Esta afirmación “el que quita” es tan importante que todos los evangelistas la conservan. La acción de Jesús de bautizar en el Espíritu Santo es relatada por los cuatro evangelios, aunque en ningún momento se nos dice cómo lo hizo.

Pero ¿dónde es que Jesús bautiza en el Espíritu Santo? El momento en que el hombre es bañado, impregnado, bautizado de Espíritu Santo no es otro que el momento de la Eucaristía. Bautismo en el Espíritu Santo significa comunicación de la vida divina al hombre. Y el momento privilegiado de esta comunicación es precisamente la Eucaristía, en la que nosotros comemos el pan que es el cuerpo de Cristo y bebemos el vino que es su sangre. Por consiguiente, el Espíritu de Dios, su fuerza, entra en cada uno de nosotros y se funde con nuestra existencia: es Dios que se quiere hacer uno con nosotros. Somos nosotros los que a veces frustramos esta acción.

Pero si creyésemos que en la Eucaristía es Dios mismo el que se funde con el hombre y lo potencia, nuestra vida cambiaría de forma extraordinaria. El bautismo en el Espíritu es el momento de la Eucaristía. Dios derrama su vida, su capacidad divina, según la capacidad del hombre de acogerlo. El Señor concede su Espíritu sin medida. Es una comunicación incesante y creciente. La medida la fijamos nosotros. Aquellos espacios de nuestra vida que están ocupados por sórdidos rencores, resentimientos, incapacidad de superar situaciones de conflicto con los demás, incapacidad de dejar a un lado la palabra desidia para emplear la palabra amor, todos aquellos espacios que están solo ocupados por el propio interés y ambición, son todos espacios donde el Espíritu encuentra las puertas cerradas y le impedimos su entrada.

Así pues, es preciso despojar a nuestra vida de todo esto y de ese modo la efusión del Espíritu Santo será total en la celebración eucarística. En ella, Dios se hace uno con el hombre no para disminuir sus capacidades, sino para potenciarlo al máximo. Y concluye Juan: “...yo he visto y doy testimonio de que éste es hijo de Dios”. En Jesús se manifiesta quién es Dios. Hemos dicho que hijo no es solamente quien ha nacido de alguien sino uno que se comporta como el Padre: un Dios que no infunde temor, pánico. Esto choca de frente con la educación religiosa que hemos recibido a lo largo de los siglos. Por desgracia, esto lo llevamos en la sangre. A veces lo olvidamos, pero cuando las cosas pintan mal o se tuercen, reaflore a la memoria esta imagen pavorosa. Jesús hizo todo lo que pudo, identificándose con el asno, con el cordero, con la paloma, etc, intentó de todas las maneras eliminar esa imagen de Dios que infunde temor. Hemos de secundar su enseñanza y desembarazarnos de esa imagen falsa de Dios.

Noveno nombre: LA GALLINA

Nos encontramos ahora con un título desconcertante. Cuando leemos el evangelio, debemos siempre insertarlo en el contexto cultural de su época. De Dios se pensaba que estaba en lo más alto de los cielos, un Dios majestuoso que era representado con la figura de un águila por su prestancia y magnificencia. Casi todas las casas imperiales reinantes tienen en su escudo de armas la imagen del águila. Es éste un animal que infunde respeto y temor. El águila era imagen de Dios. En el libro del Deuteronomio se lee: “como un águila que vela sobre su nidada, que vuela sobre la cima de los montes y despliega las alas, así lo tomó y lo elevó...” (Dt 32,11). Así pues, la imagen de Dios es la de un águila poderosa que con sus alas extendidas vigila celosamente sus aguiluchos. Si se nos ocurre quitarle uno a un águila ya veremos lo que nos sucede... El águila, pues, infundía temor.

Pues bien Jesús, en abierta polémica con dicha imagen, cuando llora por Jerusalén, como nos describen tanto el evangelio de Mateo como el de Lucas, cuando clama su desconsuelo por la ruina de esta ciudad que está en manos de los sacerdotes y escribas y que ha rechazado el Dios que le había sido presentado, dice: “Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y eliminas a quienes te son enviados, ¡cuántas veces he pretendido recoger a tus hijos...– y aquí esperaríamos una expresión del tipo “como un águila recoge a sus aguiluchos” – pero por el contrario, Jesús dice: “... como una gallina recoge a sus polluelos” (Mt 23,37; Lc 13,34). Hacía falta, desde luego, la fantasía inabarcable de todo un Dios para identificarse con una gallina. Jesús ya no puede hacer nada más para alejar de los hombres la idea de temor hacia el Padre, ahora es el turno de los suyos. En verdad, después de esto, ya no hay razón alguna para cobijar temor hacia Dios, que se ha manifestado en una gallina. ¡Quien tenga miedo de una gallina es porque padece una enfermedad mental grave!

Dios es una gallina, no un águila. Haciendo uso de esta imagen, Jesús debió escandalizar muchísimo a sus interlocutores. Sería considerado un blasfemo. El esfuerzo de Jesús es eliminar de la imagen de Dios cualquier elemento que pueda producir temor. Concluyamos, pues, este encuentro recordando los aspectos fundamentales de Dios que hemos ido viendo: Dios es amor, un amor liberador que se pone al servicio de los hombres sin excluir a nadie, que perdona continuamente todas las culpas de los hombres, un Dios que potencia al ser humano, que no le pone límites sino que le solicita una única cosa: deja que pueda fundirme contigo para donarte la condición divina.